EL ALMA DEL HOMBRE BAJO EL SOCIALISMO[1]

Oscar Wilde

La principal ventaja que acarrearía la implantación del *Socialismo* es, sin duda, la de relevarnos de la sórdida necesidad de vivir para otros que, en el actual estado de cosas, tanto presiona sobre casi todos. En realidad, casi nadie escapa a ella.

De tanto en tanto, en el curso del siglo, un gran hombre de ciencia como Darwin; un gran poeta como Keats; un fino espíritu crítico como el del señor Renan; un artista supremo como Flaubert, ha podido aislarse, mantenerse fuera del alcance de los clamorosos reclamos de los demás, mantenerse *al resguardo del muro* como dice Platón, y así realizar la perfección que había dentro suyo, para su propio incomparable beneficio, y para el incomparable y duradero beneficio de todo el mundo. Estas, sin embargo, son las excepciones. La mayoría de la gente arruina su vida por un malsano y exagerado altruismo; en realidad, se ven forzados a arruinarse así. Es inevitable que se conmuevan, al verse rodeados de tan tremenda pobreza, tremenda fealdad, tremenda hambre. En el hombre, las emociones se suscitan más rápidamente que la inteligencia; y como señalara hace algún tiempo en un artículo sobre la función de la crítica, es mucho más fácil solidarizarse con el sufrimiento que con el pensamiento. De esta forma, con admirables, aunque mal dirigidas intenciones, en forma muy seria y con mucho sentimiento, se abocan a la tarea de remediar los males que ven. Pero sus remedios no curan la enfermedad: simplemente la prolongan. En realidad sus remedios son parte de la enfermedad.

Tratan de resolver el problema de la pobreza, por ejemplo, manteniendo vivos a los pobres; o, como lo hace una escuela muy avanzada, divirtiendo a los pobres.

Pero ésta no es una solución; es agravar la dificultad. El objetivo adecuado es tratar de reconstruir la sociedad sobre una base tal que la pobreza resulte imposible. Y las virtudes altruistas realmente han evitado llevar a cabo este objetivo. Así como los peores dueños de esclavos fueron los que trataron con bondad a sus esclavos, evitando así que los que sufrían el sistema tomaran conciencia del horror del mismo, y los que observaban lo comprendiesen, igual sucede con el estado actual de cosas en Inglaterra, donde la gente que más daño hace es la que trata de hacer más bien; y por fin hemos tenido hombres que estudiaron realmente el problema y conocen la vida -hombres educados que viven en el East End -adelantándose e implorando a la comunidad para que restrinja sus impulsos altruistas de caridad, benevolencia y otros parecidos. Se basan en la afirmación de que la caridad degrada y desmoraliza. Están perfectamente en lo cierto. La caridad crea una multitud de pecados.

También debe decirse esto al respecto. Es inmoral usar la propiedad privada a fin de aliviar los terribles males que resultan de la misma institución de la propiedad privada. Es a la vez inmoral e injusto.

Bajo el *Socialismo* todo esto, naturalmente, se modificará. No habrá gente viviendo en fétidas pocilgas, vestida con hediondos andrajos, criando niños débiles, acosados por el hambre, en medio de circunstancias absolutamente imposibles y repulsivas. La seguridad de la sociedad no dependerá, como sucede ahora, del estado del tiempo. Si llega una helada no tendremos a cien mil hombres sin trabajo, deambulando por las calles miserablemente, o pidiendo limosna a sus

[1] Digitalización: KCL.

vecinos, o apiñándose ante las puertas de detestables albergues para tratar de asegurarse un pedazo de pan y un sucio lugar donde pasar la noche. Cada miembro de la sociedad compartirá la prosperidad y felicidad general, y si cae una helada, prácticamente nadie estará peor.

Por el otro lado, el *Socialismo* por sí mismo será valioso simplemente porque conducirá al Individualismo.

El *Socialismo*, el Comunismo, o como uno quiera llamarlo, al convertir la propiedad privada en riqueza pública, y al reemplazar la competencia por la cooperación, restituirá a la sociedad su condición de organismo sano, y asegurará el bienestar material de cada miembro de la comunidad. Dará a la Vida una base y un medio adecuados. Pero algo más se necesita para que la Vida en su desarrollo completo, logre su más alta forma de perfección. Se necesita el Individualismo. Si el *Socialismo* es Autoritario; si hay Gobiernos armados de poder económico, como lo están ahora de poder político; si, en una palabra, llegamos a Tiranías Industriales, entonces la condición del hombre sería peor que la actual. Mucha gente, en el presente, a raíz de la existencia de propiedad privada, puede desarrollar un muy limitado Individualismo. Son los que no necesitan trabajar para vivir, o pueden elegir la esfera de actividad que realmente se aviene a su personalidad y les brinda placer. Son los poetas, los filósofos, los hombres de ciencia; en una palabra, los hombres auténticos, los hombres que se han realizado, y con los que la Humanidad entera logra una parcial realización. Hay en cambio mucha gente que, sin propiedad privada y estando siempre al borde del hambre, se ve obligada a hacer el trabajo de bestias de carga, tareas que nada tienen que ver con ellos y a las cuales se ven forzados por la perentoria, irracional, degradante tiranía de la necesidad. Estos son los pobres; no hay gracia en sus maneras ni en sus palabras, ni educación, cultura o refinamiento en sus placeres, ni gozo por la vida. La Humanidad se beneficia en prosperidad material, con el aporte de su fuerza colectiva. Pero solamente el aspecto material es el que se beneficia; y el hombre que es pobre, en sí mismo no tiene absolutamente ninguna importancia. Es meramente el átomo infinitesimal de una fuerza que, en lugar de tomarlo en cuenta, lo destroza; en realidad, lo prefiere destrozado, ya que de esta forma es mucho más obediente.

Podrá decirse, por supuesto, que el Individualismo generado bajo las condiciones de la propiedad privada no es siempre, o por lo general, bueno ni maravilloso, y que si bien los pobres no tienen cultura ni encanto, tienen sin embargo muchas virtudes. Estas dos afirmaciones serían perfectamente ciertas. La posesión de propiedad privada resulta a menudo extremadamente desmoralizadora y ésta es por supuesto, una de las razones por las cuales el *Socialismo* quiere librarse de esta institución. En realidad, la propiedad resulta un estorbo. Años atrás hubo gente que recorría el país afirmando que la propiedad genera obligaciones; la proclamaban tanto y en forma tan tediosa que, al final, la Iglesia comenzó a decirlo a su vez. Se escucha ahora desde cada púlpito. Es perfectamente cierto. La propiedad tiene obligaciones y tiene tantas, que poseer propiedades resulta una carga. Genera constantes reclamaciones, interminable atención a los negocios, perpetuos malestares. Si la propiedad sólo ofreciera placeres, la podríamos soportar; pero sus obligaciones la hacen insoportable. En el propio interés de los ricos, debemos desembarazarnos de ella. Las virtudes de los pobres pueden reconocerse fácilmente, y mucho deben lamentarse. Con frecuencia se nos dice que los pobres están agradecidos a la beneficencia. Algunos de ellos lo están, sin duda, pero los mejores entre los pobres nunca están agradecidos. Están descontentos, desagradecidos, son desobedientes y rebeldes. y tienen mucha razón de sentirse así. Sienten que la caridad es un modo ridículamente inadecuado de restitución parcial, o una limosna sentimental, acompañada habitualmente por un impertinente intento por parte del sentimentalista de tiranizar sus vidas privadas. ¿Por qué sentir agradecimiento por las migajas que caen de la mesa del rico? Debieran estar sentados compartiendo la mesa, y lo están empezando a saber. Y en cuanto a estar descontentos, un hombre que no lo estuviera en ese medio y llevando tan baja forma de vida, sería un perfecto

bruto. La desobediencia, a los ojos de cualquiera que haya leído historia, es la virtud original del hombre. A través de la desobediencia es que se ha progresado, a través de la desobediencia y a través de la rebelión. Algunas veces se alaba a los pobres por ser ahorrativos. Pero recomendar el ahorro a un pobre es a la vez grotesco e insultante. Es como recomendar a un hombre que se está muriendo de hambre, que coma menos. Sería absolutamente inmoral que un trabajador del campo o de la ciudad practique la frugalidad. El hombre no debiera estar dispuesto a demostrar que puede vivir como un animal mal alimentado. Debiera negarse a vivir así, y robar o pedir ayuda pública, cosa que muchos consideran una forma de robo. En cuanto a la mendicidad, es más seguro pedir que tomar; pero es más grato tomar que pedir. No: aquel pobre que es desagradecido, que no es ahorrativo, que está descontento y en rebeldía, ese hombre probablemente tiene una verdadera personalidad, y tiene mucho dentro suyo. De cualquier forma, representa una protesta saludable. En cuanto a los pobres virtuosos, uno bien puede sentir lástima de ellos, sin duda, pero no se les puede admirar. Han llegado a un acuerdo privado con el enemigo, y vendido su derecho de nacimiento por un mal plato de comida. También tienen que ser enormemente estúpidos. Puedo comprender a aquel hombre que acepta las leyes que protegen la propiedad privada, admitiendo que ésta se acumule, en tanto él mismo, bajo estas circunstancias, esté en condiciones de realizar alguna forma de vida hermosa e intelectual. Pero no puedo comprender que aquel a quien esas leyes destrozan y hacen horrible la vida, pueda estar de acuerdo con que las mismas continúen.

No es difícil, sin embargo, encontrar la explicación a esto. Es simplemente que la miseria y la pobreza son tan absolutamente degradantes, y ejercen un efecto tan paralizante sobre la naturaleza humana, que ninguna clase tiene realmente conciencia de su propio sufrimiento. Debe decírselo otra gente, y con frecuencia son absolutamente incrédulos. Lo que dicen los patrones acerca de los agitadores es incuestionablemente cierto. Los agitadores son un conjunto de personas que interfiere, que perturba, que llega a una clase perfectamente contenta de la comunidad y siembra en ella la semilla del descontento. Es por esta razón que los agitadores son tan absolutamente necesarios. Sin ellos, en el estado incompleto en que nos hallamos, no se produciría adelanto alguno hacia la civilización. La esclavitud se abolió en Norteamérica, pero no como consecuencia de la acción de los propios esclavos, o por algún expreso deseo de su parte para que se los libere. El sistema fue abolido como resultado de la acción abiertamente ilegal de algunos agitadores, en Boston y en otras partes, que no eran esclavos, ni propietarios ellos mismos de esclavos, ni tenían realmente nada que ver con la cuestión. Fueron, indudablemente, los Abolicionistas los que encendieron la llama de la antorcha, los que comenzaron todo. Y es curioso notar que, de los mismos esclavos, no recibieron solamente muy poca colaboración sino ni siquiera alguna comprensión; y cuando, al terminar la guerra, los esclavos se vieron libres, se encontraron tan absolutamente libres que estaban libres para morir de hambre y muchos de ellos amargamente lamentaron el nuevo estado de cosas. Para el pensador, el hecho más trágico de toda la Revolución Francesa no es que María Antonieta muriera por ser una reina, sino que el campesino hambriento de la Vendée voluntariamente saliera a morir por la horrible causa del feudalismo.

Queda claro, entonces, que ningún sistema de *Socialismo Autoritario* servirá. Pues mientras bajo el actual sistema bastante gente puede vivir con una cierta cantidad de libertad y expresión y felicidad, bajo un sistema industrial cuartelario, o bajo un sistema de tiranía económica, nadie tendría esa libertad. Debe lamentarse que una parte de nuestra comunidad viva prácticamente en la esclavitud, pero es infantil proponer que se resuelva el problema con la esclavitud de toda la comunidad. Cada hombre debiera ser libre para escoger el propio trabajo. No debiera ejercerse sobre él ninguna compulsión. Existiendo compulsión, el trabajo no será bueno para él, no será bueno en si mismo, y no será bueno para los demás. y por trabajo me refiero simplemente a cualquier tipo de actividad.

Me cuesta pensar que, hoy en día, un *Socialista* proponga seriamente que un inspector visite todas las mañanas cada casa para controlar que cada ciudadano se levante y haga un trabajo manual por espacio de ocho horas. La Humanidad ha ido más allá de esa etapa y reserva tal forma de vida para la gente a quienes, en una forma muy arbitraria, elige llamar criminales. Pero confieso que muchos de los puntos de vista socialistas con los que me he encontrado, parecen estar manchados por ideas de autoritarismo, cuando no de cruel compulsión. Por supuesto, autoridad y compulsión, quedan fuera de toda cuestión. Toda asociación debe ser voluntaria. Es únicamente en asociaciones voluntarias que el hombre puede sentirse realmente bien.

Podrá preguntárseme cómo es que el Individualismo, que prácticamente depende de la existencia de la propiedad privada para su desenvolvimiento, pudiera beneficiarse con la abolición de la misma. La respuesta es muy simple. Es verdad que, en las condiciones actuales, algunos hombres con medios privados propios, tales como Byron, Shelley, Browning, Víctor Hugo, Baudelaire y otros, han podido, en forma más o menos completa, realizar sus personalidades. Ninguno de estos hombres dio un solo día de su trabajo por un salario. Pudieron librarse de la pobreza. Tenían con ello una enorme ventaja. La cuestión es decidir si el Individualismo se beneficiaría con la supresión de dicha ventaja. Supongamos que no existe esa ventaja. ¿Qué le sucede entonces al Individualismo? ¿Cómo se beneficiará?

El beneficio será éste. Bajo las nuevas condiciones, el Individualismo será mucho más libre, más bello y más intenso que ahora. No estoy hablando del gran Individualismo imaginativamente realizado por poetas tales como los que he mencionado, sino del gran Individualismo real, latente y potencial del género humano en general. Pues el reconocimiento de la propiedad privada ha dañado realmente al Individualismo, y lo ha oscurecido, confundiendo al hombre con lo que él posee. Ha desviado totalmente al Individualismo. Ha hecho su finalidad de las ganancias, y no del desarrollo. De manera que el hombre creyó que lo importante es tener, y no supo que lo importante es ser. La verdadera perfección del hombre reside, no en lo que el hombre tiene sino en lo que el hombre es. La propiedad privada ha destrozado el verdadero Individualismo, y establecido un Individualismo que es falso. Ha prohibido a una parte de la comunidad alcanzar su individualidad, haciéndola morir de hambre. Ha prohibido a la otra parte de la comunidad llegar al Individualismo, colocándola sobre un camino erróneo y poniéndole obstáculos. En realidad, la personalidad del hombre ha sido tan completamente absorbida por sus posesiones que la ley inglesa trata las ofensas contra la propiedad de un hombre con mucha más severidad que las ofensas contra su persona, y la propiedad es todavía la prueba distintiva de completo derecho cívico. También muy desmoralizadora es la industria necesaria para hacer dinero. En una comunidad como la nuestra, donde la propiedad confiere inmensa distinción, posición social, honor, respeto, títulos y otras agradables cosas semejantes, el hombre que es naturalmente ambicioso, hace suya la meta de acumular esta propiedad, y sigue tediosamente acumulándola largo tiempo después de haber conseguido mucho más de lo que desea, o puede usar, o gozar, o quizás aún conocer. El hombre se matará trabajando a fin de asegurarse propiedades y, verdaderamente, considerando las enormes ventajas que trae la propiedad, uno no puede sorprenderse. Lo que uno puede lamentar es que la sociedad esté construida sobre bases tales que el hombre se vea encasillado sin poder desarrollar libremente todo lo maravilloso, fascinante y exquisito que hay dentro suyo; con lo cual, en verdad, pierde el verdadero placer y alegría de vivir. Se encuentra también muy inseguro bajo las condiciones existentes. Un comerciante rico puede estar -a menudo lo está- en cada momento de su vida a merced de las cosas que no quedan bajo su control. Si el viento sopla demasiado, o si el tiempo cambia de repente, o si sucede algo trivial, su barco se puede hundir, sus especulaciones pueden fallar, y se convierte en un hombre pobre, con una posición social que se le fue. Nada debiera poder dañar a un hombre más que él mismo. Lo que un hombre tiene realmente, es lo que está dentro suyo. Lo que está afuera no debiera tener importancia.

Con la abolición de la propiedad privada tendremos, entonces, un verdadero, hermoso, sano Individualismo. Nadie perderá su vida en acumular cosas y los símbolos para las cosas. Se vivirá. Vivir es la cosa menos frecuente en el mundo. La mayoría de la gente existe, eso es todo.

Podemos preguntamos si hemos tenido alguna vez la oportunidad de ver la expresión completa de una personalidad, excepto en el plano imaginativo del arte. En la acción, no lo hemos visto nunca. *César*, dice Mommsen, *era el hombre completo y perfecto*. Pero, ¡qué trágicamente inseguro era César! Siempre que exista un hombre ejerciendo autoridad, existe un hombre que resiste la autoridad. César era muy perfecto, pero su perfección transitaba por un camino demasiado peligroso. *Marco Aurelio era el hombre perfecto*, dice Renan. Sí, el gran emperador era un hombre perfecto. ¡Pero qué intolerables eran las interminables reclamaciones sobre él! Se tambaleaba bajo la carga del imperio. Estaba consciente de lo inadecuado que era que un hombre soportara el peso de ese Titán y de ese orbe demasiado vasto. Lo que quiero significar por hombre perfecto es alguien que se desarrolla bajo condiciones perfectas; alguien que no está herido, o preocupado, o mutilado, o en peligro. La mayor parte de las personalidades se vieron obligadas a ser rebeldes. La mitad de sus fuerzas se perdió en la lucha. La personalidad de Byron se desgastó terriblemente en su batalla contra la estupidez, la hipocresía y el Filisteísmo de los ingleses. Tales batallas no siempre intensifican la fuerza; a menudo aumentan la debilidad. Byron nunca pudo darnos lo que hubiera podido darnos. Shelley escapó mejor. Como Byron, se fue de Inglaterra lo antes que pudo. Si los ingleses se hubiesen dado cuenta qué gran poeta era en realidad, hubiesen caído sobre él con dientes y uñas, haciéndole la vida insoportable. Pero como no fue una figura destacada en sociedad, hasta cierto punto pudo escapar. Hasta en Shelley la señal de rebelión es aún a veces demasiado fuerte. La característica de la personalidad perfecta no es de rebelión sino de paz.

Será maravilloso ver la verdadera personalidad del hombre. Se desarrollará natural y simplemente, como crece una flor o un árbol. No estará en discordia. Nunca argumentará ni disputará. No tendrá que demostrar cosas. Lo sabrá todo, y sin embargo, no se preocupará por el conocimiento. Tendrá sabiduría. Su valor no se medirá con cosas materiales. No tendrá nada. y sin embargo, tendrá todo y aunque se le saque, siempre le quedará, tan rico será. No estará siempre entrometiéndose con los demás, o pidiéndoles que sean como él. Los amará por ser diferentes. Y si bien no se entrometerá en la vida de los demás, los ayudará a todos, de la misma forma que una cosa hermosa nos ayuda, por ser lo que es. La personalidad del hombre será verdaderamente maravillosa. Será tan maravillosa como la personalidad de un niño.

En su desarrollo se podrá apoyar en el Cristianismo, si así lo deseara; pero si no fuera ése el deseo de los hombres, seguramente se desarrollará lo mismo. Pues no se preocupará por el pasado, ni se preocupará de si las cosas sucedieron o no sucedieron. No admitirá más leyes que las propias, ni otra autoridad que su propia autoridad. Pero amará a aquellos que busquen intensificarla y hablará a menudo de ellos. Cristo fue uno de ellos. *¡Conócete a ti mismo!*, era la inscripción que se leía en el portal del mundo antiguo. Sobre el portal del nuevo mundo la inscripción será *Sé tú mismo*. Y el mensaje de Cristo al hombre fue simplemente *Sé tú mismo*. Ese es el secreto de Cristo.

Cuando Cristo habla de los pobres, simplemente se refiere a las personalidades, así como cuando habla de los ricos, simplemente se refiere a aquellos que no han desarrollado su personalidad. Jesús se movía en una comunidad que permitía la acumulación de propiedad privada, tal como lo hace la nuestra, y el evangelio que él predicaba no decía que fuese una ventaja para el hombre en una comunidad tal vivir mal alimentado, vestir harapos, dormir en viviendas horrendas y malsanas, ni que fuese una desventaja para el hombre vivir en condiciones decentes, agradables y sanas. Tal punto de vista hubiese sido equivocado para aquel lugar y en

aquel entonces, pero naturalmente estaría mucho más equivocado aplicado a este tiempo y a Inglaterra; pues a medida que el hombre avanza, sus necesidades materiales adquieren mayor importancia vital, y nuestra sociedad es infinitamente más compleja y despliega extremos de lujo y pobreza mucho mayores que los que existían en cualquier sociedad del mundo antiguo. Lo que Jesús quiso decir era esto. Le dijo al hombre: *Tienes una magnífica personalidad. Desarróllala. Sé tú mismo. No imagines que tu perfección resida en acumular o poseer cosas externas. Tu afecto está dentro tuyo. Si solamente te dieras cuenta de esto, no querrías ser rico. Las riquezas ordinarias le pueden ser robadas a un hombre. Las verdaderas riquezas, no. En el tesoro de tu alma hay cosas infinitamente preciosas, que no te pueden quitar. Trata entonces de modelar tu vida en forma tal que las cosas externas no te dañen. Y trata también de librarte de la propiedad privada. Implica sórdida preocupación, infinito trabajo, continuo mal. La propiedad personal, obstaculiza a cada paso al Individualismo*. Debe notarse que Jesús nunca dice que la gente pobre sea necesariamente buena, ni que la gente adinerada sea necesariamente mala. La gente adinerada, como clase, es mejor que la gente pobre, más moral, más intelectual, con mejores maneras. Existe solamente una clase dentro de la comunidad que piensa más sobre el dinero que los ricos, y es la de los pobres. Los pobres no pueden pensar en nada más. Esa es la miseria de ser pobre. Lo que Jesús sí dice es que el hombre llega a su perfección, no a través de lo que tiene, ni aún a través de lo que hace, sino exclusivamente por lo que es. Y así el joven rico que llega hasta Jesús está representado como un buen ciudadano que ha cumplido con las leyes de su Estado y los mandamientos de su religión. Es bien respetable, en el sentido ordinario de esa extraordinaria palabra. Jesús le dice: *Debieras desprenderte de la propiedad privada. Te impide darte cuenta de tu perfección. Es una traba sobre ti, una carga. Tu personalidad no la necesita. Es dentro tuyo y no fuera donde encontrarás lo que realmente eres, y lo que realmente quieres*. A sus propios amigos les dice lo mismo. Les dice que sean ellos mismos, y que no estén siempre preocupados por otras cosas. ¿Qué importan las otras cosas? El hombre es completo por sí mismo. Cuando entren en el mundo, el mundo estará en desacuerdo. Eso es inevitable. El mundo odia el Individualismo. Pero eso no les deberá preocupar. Deberán tener calma y centrarse en sí mismos. Si un hombre toma su abrigo, deberán darle su saco, para demostrarle que las cosas materiales no tienen importancia. Si la gente se abusa, no se le deberá responder en la misma forma. ¿Qué significa esto? Las cosas que la gente diga de un hombre no lo alteran. Es lo que es. La opinión pública no tiene valor. Aún si la gente utiliza la violencia, no deberá por eso responder con violencia. Eso significaría caer en el mismo bajo nivel. Después de todo, aún en prisión, el hombre puede ser bastante libre. Su alma puede ser libre. Su personalidad puede no alterarse. Puede estar en paz. Y, sobre todas las cosas, no deberá interferir la vida de los demás, ni de ninguna manera juzgarlos. La personalidad es algo muy misterioso. Un hombre no puede ser siempre estimado por lo que hace. Un hombre puede observar las leyes y sin embargo carecer por completo de valor. Puede transgredir la ley, y sin embargo ser bueno. Puede ser malo, sin haber hecho nunca algo malo. Puede cometer un pecado contra la sociedad, y sin embargo realizar a través de ese pecado su verdadera perfección.

Hubo una mujer que cometió adulterio. No se nos cuenta la historia de su amor, pero ese amor debió haber sido muy grande; puesto que Jesús dijo que se le habían perdonado sus pecados, no porque se arrepintiera, sino porque su amor había sido tan intenso y maravilloso. Más adelante, poco antes de su muerte, mientras estaba sentado en una comida, la mujer entró y derramó costosos perfumes sobre los cabellos de Jesús. Sus amigos trataron de interferir diciendo que era una extravagancia, y que el dinero que los perfumes costaban debiera haberse gastado en dar alivio a los necesitados, o algo semejante. Jesús no aceptó ese punto de vista. Señaló que las necesidades materiales del Hombre eran grandes y muy permanentes, pero que las necesidades espirituales eran mayores aún y que, en un momento divino, una personalidad podía llegar a su perfección. El mundo reverencia aún hoy a esta mujer como una santa.

Sí, existen cosas sugestivas en el Individualismo. El *Socialismo* termina por completo con la vida familiar, por ejemplo. Con la abolición de la propiedad privada, el casamiento en su forma actual debe desaparecer. Esto forma parte del programa. El Individualismo acepta esto y lo ennoblece. Convierte la abolición de la restricción legal en una forma de libertad que ayudará al total desarrollo de la personalidad y convierte el amor entre el hombre y la mujer en algo más maravilloso, más hermoso y más ennoblecedor. Jesús sabía esto. Rechazó los reclamos de la vida familiar, aunque existían en su tiempo y en su comunidad en forma muy marcada. *¿Quién es mi madre? ¿Quiénes son mis hermanos?*, decía cuando se le anunciaba que ellos querían hablarle. Cuando uno de sus discípulos pidió permiso para enterrar a su padre, su terrible respuesta fue: *Dejad que los muertos entierren a los muertos*. No permitía absolutamente ningún reclamo sobre la personalidad.

Y así sólo lleva una vida a imagen de la de Cristo, aquel que se mantiene perfecta y absolutamente él mismo. Puede ser un gran poeta, o un gran hombre de ciencia, o un joven estudiante de la Universidad, o alguien que cuida ovejas en la pradera; o un creador de dramas, como Shakespeare, o un pensador sobre Dios, como Spinoza; o un niño que juega en un jardín, o un pescador que arroja la red al mar. No importa lo que es, mientras realice la perfección del alma dentro suyo. Toda imitación en la moral y en la vida está mal. A través de las calles de Jerusalén se arrastra hoy un loco que lleva una cruz de madera sobre sus espaldas. Es un símbolo de las vidas arruinadas por la imitación. El padre Damien actuó a imagen de Cristo cuando se fue a vivir con los leprosos, porque en ese servicio pudo realizar lo que mejor había dentro suyo. Pero igual fue Wagner, cuando expresó su alma en la música; o Shelley al expresar su alma en la poesía. No existe un tipo único de hombre. Existen tantas perfecciones como hombres imperfectos. Y mientras un hombre puede atender los reclamos de la caridad y ser libre, no lo seguirá siendo si se somete a las exigencias del conformismo.

A través del *Socialismo* se podrá llegar, pues al Individualismo. Como resultado natural, el Estado debe dejar de lado toda idea de gobierno. Debe dejarlo de lado pues, como dijo un sabio muchos siglos antes de Cristo, *puede existir la humanidad por sí sola, pero no puede existir un gobierno para la humanidad*. Todas las formas de gobierno fracasan. El despotismo es injusto con todos, incluso con el déspota que probablemente fue hecho para cosas mejores. Las oligarquías son injustas con las mayorías y las oclocracias con las minorías. Se pusieron ideales en la democracia: pero la democracia significa solamente el aporreamiento del pueblo por el pueblo, para el pueblo. Ya se ha podido comprobar. Debo decir que era hora, pues toda autoridad es bien degradante. Degrada a quien la ejerce y a aquellos sobre quienes se ejerce. Cuando se aplica violenta, grosera y cruelmente, produce un buen efecto creando y fomentando el espíritu de la rebeldía y del Individualismo, que acabará por terminar con ella. Cuando se aplica con una cierta dosis de bondad y está acompañada de premios y recompensas, es tremendamente desmoralizadora. En ese caso, la gente está menos consciente de la horrible presión que se ejerce sobre ella y de esta forma atraviesa la vida en medio de un tosco confort, como animales domésticos, sin darse cuenta jamás de que probablemente están pensando los pensamientos de otras gentes, viviendo de acuerdo a los standards de otras gentes, usando lo que prácticamente podría llamarse ropa de segunda mano, y nunca siendo ellos mismos, ni por un solo momento. *Aquél que fuere libre*, dice un gran pensador, *no debe conformarse*. Y la autoridad, al sobornar a la gente, crea un tosco tipo de barbarismo sobrealimentado entre nosotros.

Junto con la autoridad, desaparecerá el castigo. Esto representará un gran beneficio; un beneficio de incalculable valor. A medida que se lee la historia, y no en las versiones expurgadas escritas para escolares y transeúntes, sino la de autoridades originales de cada época, uno se siente enfermo, no por los crímenes cometidos por los malvados, sino por los castigos infligidos por los buenos; y una comunidad se embrutece infinitamente más con el empleo habitual de castigo que con el crimen ocasional. Resulta obvio que cuantos más castigos se infligen más crímenes se

producen, y la legislación más moderna así lo reconoce, y se ha propuesto disminuir lo más posible el castigo, y donde éste ha podido realmente disminuirse, los resultados han sido extremadamente buenos. Cuanto menos castigo, menos crimen. Allí donde no exista castigo, el crimen dejará de existir, o si ocurre será tratado por los médicos como una forma lamentable de demencia que será curada con cuidados y bondad. Pues aquellos a quienes se llama criminales hoy día, de ninguna manera lo son. El hombre, y no el pecado, es el padre del crimen moderno. Esa es, en realidad, la razón por la que nuestros criminales son, como clase, tan absolutamente poco interesantes desde el punto de vista psicológico. No son ni los maravillosos Macbeths ni los terribles Vautrins. Son simplemente lo que sería la gente ordinaria, respetable y común si no hubiese tenido bastante para comer.
Cuando quede abolida la propiedad privada, no habrá necesidad del crimen, nadie se interesará por él; dejará de existir. Por supuesto, no todos los crímenes son crímenes contra la propiedad, aunque esos sean los crímenes que la ley inglesa, valorando más lo que el hombre tiene que lo que el hombre es, castiga con la más tremenda y horrible severidad (si exceptuamos el crimen del asesinato, y consideramos a la muerte como peor que la servidumbre penal, punto sobre el cual entiendo que nuestros criminales discrepan). Pero aunque un crimen pueda no ser contra la propiedad, puede surgir de la miseria, la rabia y la depresión producidas por nuestro equivocado sistema de tenencia de propiedad, de modo que cuando el sistema quede abolido, desaparecerá. Cuando cada miembro de la comunidad tenga lo necesario para sus necesidades y su vecino no interfiera en su vida, no tendrá ningún interés en interferir en la vida de los demás. Los celos, que son una extraordinaria fuente de crimen en la vida moderna, son una emoción estrechamente ligada a nuestra concepción de la propiedad que, bajo el *Socialismo* y el Individualismo, desaparecerá. Es notable comprobar que en tribus de tipo comunitario, los celos son enteramente desconocidos.

Ahora bien, si el Estado no va a gobernar, uno se puede peguntar qué es lo que irá a hacer. El Estado deberá ser el voluntario fabricante y distribuidor de los bienes necesarios. El Estado deberá hacer lo que es útil. El individuo deberá hacer lo que es hermoso. Y como he mencionado la palabra trabajo, no puedo dejar de decir que se escriben y se dicen actualmente muchas tonterías sobre la dignidad del trabajo manual. No hay nada necesariamente significativo en la tarea manual, y la mayor parte de la misma es absolutamente degradante. Es mental y moralmente ofensivo para el hombre hacer algo en lo que no encuentra placer, y muchas formas de actividad no brindan absolutamente ningún placer. Barrer una plazoleta enfangada durante ocho horas al día cuando sopla el viento este, es una actividad repulsiva. Barrerla con dignidad mental, moral o física me parece algo imposible. Barrerla con alegría me parecería sobrecogedor. El hombre se hizo para algo mejor que para remover la suciedad. Todo trabajo de ese tipo debiera efectuarse con máquinas.

Y no tengo dudas que se hará. Hasta este momento el hombre ha sido, hasta cierto punto, el esclavo de la máquina, y hay algo trágico en el hecho de que tan pronto un hombre inventó una máquina para que realice su trabajo, él comienza a pasar hambre. Naturalmente, este es el resultado de nuestro sistema de propiedad y nuestro sistema de competencia. Un hombre posee la máquina que hace el trabajo de quinientos hombres. Quinientos hombres son, por consiguiente, echados de su trabajo, y sin trabajo sufren hambre y se dedican a robar. Un hombre se asegura el producto de la máquina y la mantiene, y tiene quinientas veces más de lo que debiera tener y probablemente, aunque no tenga realmente importancia, mucho más de lo que él puede necesitar. Si esa máquina perteneciera a todos, todos se beneficiarían con ella. Proporcionaría una enorme ventaja a la comunidad. Todo trabajo no intelectual, toda tarea monótona, aburrida, toda tarea relacionada con cosas feas que implique condiciones desagradables, debiera hacerse con máquinas. Las máquinas debieran trabajar por nosotros en las minas de carbón, encargarse de los servicios sanitarios, encargarse del fogueo en los barcos, limpiar las calles, llevar mensajes en días de lluvia, y hacer cualquier cosa tediosa o deprimente.

En la actualidad, la máquina compite con el hombre. Bajo condiciones favorables, la máquina servirá al hombre. No existe ninguna duda de que éste es el futuro de la máquina, y así como los árboles crecen mientras el campesino duerme, de la misma manera, las máquinas se encargarán de todo el trabajo necesario y desagradable mientras la Humanidad se divierte, o goza con un descanso cultivado -que ésa es la finalidad del hombre, y no la tarea-, o haciendo hermosas cosas, o leyéndolas, o simplemente contemplando el mundo con admiración y delicia. El hecho es que la civilización reclama esclavos. Los griegos tenían mucha razón en eso. Si no existen esclavos para hacer el trabajo desagradable, horrible, no interesante, la cultura y la contemplación se hacen casi imposibles. La esclavitud humana es insegura y desmoralizadora. El futuro del mundo depende de la esclavitud mecánica, de la esclavitud de la máquina. Y cuando los científicos no deban ir al deprimente East End a distribuir un mal cacao y peores mantas a gente hambrienta, gozarán de un delicioso descanso en el cual podrán crear cosas maravillosas para su propio gozo y para el de todos los demás. Existirán grandes depósitos de energía en todas las ciudades y si se necesitara, para cada casa, y esta energía el hombre la convertirá en calor, luz o movimiento, de acuerdo a sus necesidades. ¿Es esto utópico? Un mapa del mundo que no incluya *Utopía* no merece ni mirarse pues deja fuera el país en el que la Humanidad está siempre desembarcando. Y al desembarcar allí la Humanidad y ver un país mejor, vuelve a poner proa hacia ella. El progreso es la realización de las utopías.

Ahora bien, he dicho que la comunidad, por medio de la organización de maquinarias, abastecerá las cosas útiles, y que las cosas hermosas las hará el individuo. Esto no solamente es necesario sino que es la única forma posible por la que podemos conseguir lo uno y lo otro. Un individuo que debe hacer cosas para uso de otros, atendiendo las necesidades y los deseos de los demás, no trabaja con interés, y por consiguiente no puede poner en su trabajo lo que hay mejor dentro suyo. Por otra parte, cuando una comunidad o una importante parte de una comunidad, o un gobierno de cualquier tipo, trata de dictar al artista lo que debe hacer, el Arte, o desaparece totalmente, o se estereotipa, o se degenera en una forma baja e innoble de artesanía. Una obra de arte es el resultado único de un temperamento único. Su belleza es la consecuencia de que el autor sea lo que es. No tiene nada que ver con lo que otra gente pueda querer. En realidad, en el momento en que el artista se da cuenta de lo que quiere la otra gente, y trata de satisfacer la demanda, deja de ser un artista y se convierte en un artesano, aburrido o divertido, un comerciante honesto o deshonesto. No tiene derecho a exigir que se lo considere un artista. El arte es la forma más intensa de Individualismo que el mundo ha conocido. Me inclino a decir que es la única forma real de Individualismo que el mundo ha conocido. El crimen, que bajo ciertas condiciones puede parecer como creador de Individualismo, debe tomar conocimiento de otra gente y relacionarse con ella. Pertenece a la esfera de la acción. Pero el artista puede modelar una cosa hermosa; lo hace solo, sin tener en cuenta a sus vecinos y sin interferir con los demás; y si no hace su obra para su exclusivo placer, no es de ninguna manera un artista.

Y debe notarse que siendo el Arte esta forma intensa de Individualismo, el público trata de ejercer sobre él una autoridad que es tan inmoral como ridícula y tan corruptora como despreciable. No es toda su culpa. El público ha sido siempre, en todos los tiempos, mal educado. Constantemente se pide que el Arte sea popular para satisfacer su falta de gusto, para adular su absurda vanidad, para decirles lo que ya se les dijo antes, para mostrarles lo que debieran estar cansados de ver, para divertirlos cuando se sienten pesados después de haber comido demasiado, y para distraer sus pensamientos cuando están cansados de su propia estupidez. El Arte nunca debiera ser popular. Es el público quien debiera tratar de hacerse artístico. Existe entre esto una gran diferencia. Si a un hombre de ciencia se le dijese que los resultados de sus experiencias, y las conclusiones a las que llegare, no deben alterar los conocimientos populares sobre el tema, no deben molestar los prejuicios populares, o lastimar la sensibilidad de aquella gente que nada sabía sobre ciencia; si a un filósofo se le dijera que tiene todo el derecho de especular en las más altas esferas del pensamiento, siempre que llegue a las mismas conclusiones sostenidas

por los que nunca pensaron en esfera alguna; bueno, actualmente al filósofo y al hombre de ciencia esto les haría mucha gracia. Sin embargo, hasta hace pocos años la filosofía y la ciencia estaban sometidas a un brutal control popular, en realidad, a la autoridad: autoridad, ya sea de la ignorancia general de la comunidad, o del terror y la avidez de poder de una clase eclesiástica o gubernamental. Por supuesto, nos hemos liberado en gran parte de cualquier tentativa de la comunidad, o de la Iglesia, o del Gobierno, de interferir con el individualismo del pensamiento especulativo, pero todavía subsiste el deseo de trabar el individualismo del arte imaginativo. En realidad, esta tentativa hace más que subsistir:
es agresiva, ofensiva y brutalizadora.

En Inglaterra, las artes que han podido escapar más son aquellas por las que el público no muestra gran interés. La poesía es un ejemplo de lo que quiero decir. Hemos podido tener buena poesía en Inglaterra porque el público no la lee, y por lo tanto no la influye. Al público le gusta insultar a los poetas porque son individuales, pero una vez que los han insultado, los dejan en paz. En el caso de la novela y el teatro, artes por las cuales el público sí se interesa, el resultado del ejercicio de la autoridad popular ha sido absolutamente ridículo. Ningún país produce ficción tan mal escrita, trabajo tedioso y trivial en forma de novela, y piezas de teatro tan tontas y vulgares como en Inglaterra. Tiene necesariamente que ser así. El estándar popular es tal que ningún artista puede adaptarse a él. Es a la vez demasiado fácil y demasiado difícil ser un artista popular. Es demasiado fácil, porque los requisitos del público en materia de argumento, estilo, psicología, tratamiento de la vida y tratamiento de la literatura, están al alcance de la capacidad más elemental y la mente menos cultivada. Es demasiado difícil pues para llenar esos requisitos el artista debería violentar su temperamento, escribir no por el goce artístico que esto le brinda sino para el entretenimiento de gente semieducada, suprimir así su individualismo, olvidando su cultura, aniquilando su estilo, dejando de lado todo lo que es valioso en él. En el caso del teatro, la situación es algo mejor: el público que concurre al teatro gusta de lo obvio, es verdad, pero no le agrada lo tedioso; y la comedia burlesca y bufa, las dos formas más populares, son formas de carácter particular. Dentro de este género se pueden producir trabajos encantadores y en obras de este tipo se le concede al artista en Inglaterra gran libertad. Es al llegar a las formas más elevadas del drama cuando se ve el resultado del control popular. Lo que al público le disgusta es la novedad. Cualquier intento de ampliar el tema del arte resulta sumamente desagradable; y sin embargo, la vitalidad y el progreso del arte dependen en gran medida de su continua expansión. A la gente no le agrada la novedad porque le teme. Representa para ellos una forma de Individualismo, una demostración del artista de que es él quien elige su tema, y lo trata como le gusta. El público tiene perfecta razón en su actitud. Arte es Individualismo y el Individualismo es una fuerza perturbadora y desintegradora. Ese es su inmenso valor. Porque lo que trata de perturbar es la monotonía del género, la esclavitud de la costumbre, la tiranía del hábito, y la reducción del hombre al nivel de una máquina. En el Arte, el público acepta lo que se ha hecho ya, no porque lo aprecie sino porque no lo puede alterar. Tragan a sus clásicos, pero nunca los saborean. Los toleran como algo inevitable, y como no los pueden desfigurar, los proclaman. Es raro, o quizás no, de acuerdo a los puntos de vista que se tengan, pero esta aceptación de los clásicos hace mucho daño. La admiración sin crítica de la Biblia, o de Shakespeare en Inglaterra, es un ejemplo de lo que quiero decir. Con respecto a la Biblia, entra a incidir sobre este tema la autoridad eclesiástica, de manera que no me explayaré sobre el mismo.

Pero en el caso de Shakespeare, es bien obvio que el público realmente no percibe ni las bellezas ni los defectos de sus obras. Si vieran las bellezas, no objetarían el desarrollo del drama; y si vieran los defectos, tampoco objetarían el desarrollo del drama[1]. Lo que sucede es que el público utiliza los clásicos de un país como medio de controlar los progresos del Arte. Degradan a los

[1] Wilde efectúa un juego de palabras intraducible en su doble sentido, ya que el vocablo inglés drama abarca tanto el concepto de cada obra teatral en particular como todo el género dramático en general.

clásicos al convertirlos en autoridades. Los utilizan como garrotes para evitar la libre expresión de la Belleza en nuevas formas. Preguntan siempre al escritor por qué no escribe como otros, o a un pintor, por qué no pinta como otros, sin darse cuenta de que si alguno de ellos hiciera algo así dejaría de ser artista. Cualquier forma fresca de Belleza les resulta desagradable y cuando aparece se enojan y extrañan tanto, que utilizan siempre dos estúpidas expresiones: una es que la obra de arte es absolutamente incomprensible; la otra, que la obra de arte es absolutamente inmoral. Lo que quieren decir con estas palabras a mi parecer es lo siguiente: *cuando dicen que una obra es absolutamente incomprensible, quieren decir que el artista ha dicho o hecho una cosa hermosa que es nueva; cuando describen una obra como absolutamente inmoral, quieren decir que el artista ha dicho o hecho una cosa hermosa que es verdadera*. La primera expresión hace referencia al estilo; la segunda al tema. Pero, probablemente, usan palabras en forma vaga. Así como una muchedumbre utilizaría adoquines para apedrear. No existe un solo poeta auténtico, o escritor en prosa de este siglo, por ejemplo, a quienes el público inglés no haya solemnemente conferido diplomas de inmoralidad y estos diplomas, entre nosotros, prácticamente ocupan el lugar de lo que en Francia es el formal reconocimiento de una Academia de Letras y, afortunadamente, hacen que el establecimiento de una institución tal, sea completamente innecesario en Inglaterra. Por supuesto, el público utiliza esta palabra en forma temeraria. Podía esperarse que llamaran a Wordsworth un poeta inmoral. Wordsworth era un poeta. Pero que hayan llamado a Charles Kingsley novelista inmoral, es extraordinario. La prosa de Kingsley no era de muy buena calidad. Sin embargo, he ahí la palabra, y la utilizan en la mejor forma posible. Por supuesto, un artista no se altera por ello. El verdadero artista es el hombre que cree absolutamente en sí mismo, porque es absolutamente él mismo. Pero puedo imaginar que si un artista produjese en Inglaterra una obra de arte que inmediatamente de aparecer fuese reconocida por el público, a través de su medio que es la prensa pública, como trabajo inteligible y muy moral, empezaría seriamente a dudar si en su creación se habría mostrado realmente él mismo, y por lo tanto, si el trabajo fuera digno de él, o era de segundo orden, y no tenía ningún valor artístico.

Quizás me haya equivocado frente al público al limitarlo al empleo de palabras tales como *inmoral*, *exótico*, *inteligible* y *malsano*. Hay una palabra que utilizan y que es *morboso*. No la utilizan con frecuencia. El significado de la palabra es tan simple que tienen miedo de usarla. Sin embargo, a veces la emplean, y ocasionalmente uno se cruza con ella en los periódicos populares. Es por supuesto una palabra ridícula para usar con referencia a una obra de arte, pues ¿qué es lo morboso sino un estado de emoción o una forma de pensamiento que uno no puede expresar? El público es totalmente morboso, porque el público nunca puede encontrar expresión para nada. El artista nunca es morboso. Expresa todo. Está fuera de su tema y a través de una forma de expresión produce efectos incomparables y artísticos. Llamar a un artista morboso porque utiliza como tema la morbosidad es tan tonto como llamar a Shakespeare loco porque escribió *El Rey Lear*.

Finalmente, un artista en Inglaterra se beneficia cuando se le ataca. Se hace completamente él mismo. Por supuesto, los ataques son muy burdos, muy impertinentes y muy despreciables. De todas maneras, ningún artista espera gracia de la mente vulgar, o estilo en el intelecto suburbano. La vulgaridad y la estupidez son dos hechos muy vividos en la vida moderna. Naturalmente, uno los lamenta, pero allí están. Son temas de estudio, como todo lo demás. Y es justo declarar, con respecto a los modernos periodistas, que siempre se disculpan ante uno en privado por lo que han escrito contra uno en la prensa.

En los últimos años se han agregado otros dos adjetivos al muy limitado vocabulario de abuso del arte que está a disposición del público. Uno es la palabra *malsano*; el otro, la palabra *exótico*. Esta última simplemente expresa la rabia del hongo efímero frente a la inmortal, fascinante y exquisitamente encantadora orquídea. Es un tributo, pero un tributo sin importancia. La palabra

malsano admite, sin embargo, un análisis. Es una palabra bastante interesante. En realidad es tan interesante que la gente que la usa no sabe lo que significa.

¿Qué significa, a qué se llama una obra de arte saludable, y a qué una obra de arte malsana? Todos los términos que se aplican a una obra de arte, siempre que se los aplique racionalmente hacen referencia a su estilo, a su tema, o a ambos. Desde el punto de vista del estilo, una obra de arte sana es aquella cuyo estilo aprecia la belleza del material que emplea, ya sea éste palabras o bronce, color o marfil, y emplea esta belleza para producir el efecto estético. Desde el punto de vista del tema, una obra de arte sana es aquella en la que la elección del tema está condicionada por el temperamento del artista y surge directamente de él. En fin, una obra de arte sana es aquella que tiene perfección y personalidad. Por supuesto, la forma y la substancia no pueden separarse en una obra de arte; forman una unidad. Pero con fines de análisis y dejando de lado por un momento la unidad de la impresión estética, intelectualmente podemos separarlas. Una obra de arte malsana, por otra parte, es una obra cuyo estilo es obvio, anticuado y común, y cuyo tema es elegido deliberadamente, no porque el artista encuentre placer en él, sino porque cree que el público se lo pagará. En realidad, la novela popular que el público llama sana es siempre un trabajo malsano, y lo que el público llama novela malsana es siempre una hermosa y saludable obra de arte.

De ninguna manera quiero decir que me estoy quejando de que el público y la prensa pública utilicen mal estas palabras. No sabría cómo, con su falta de comprensión de lo que es Arte, pudieran utilizarlas en el sentido adecuado. Simplemente señalo su mal empleo; y en cuanto al origen de ese mal empleo y el significado que se esconde detrás de todo eso, la explicación es muy simple. Proviene de la bárbara concepción de autoridad. Proviene de la incapacidad natural de una comunidad corrompida por la autoridad, para comprender y apreciar el Individualismo. En una palabra, proviene de algo monstruoso e ignorante que se llama *Opinión Pública*, la cual, bien o mal intencionada como es cuando trata de controlar la acción, se hace infame y baja cuando trata de controlar el Pensamiento o el Arte.

En realidad, hay mucho más para decir a favor de la fuerza física del público que a favor de la Opinión Pública. La primera puede ser buena. La segunda es tonta. Con frecuencia se dice que la fuerza no es argumento. Eso sin embargo depende enteramente de lo que uno quiera probar. Muchos de los más importantes problemas de los últimos siglos, tales como la continuación del gobierno personal en Inglaterra o del Feudalismo en Francia, fueron enteramente resultado de la fuerza física. La misma violencia de una revolución puede hacer, por un momento, grande y espléndido al público. Fue un día fatal aquel en que el público descubrió que la pluma es más poderosa que el adoquín y puede hacerse tan ofensiva como un ladrillo. De inmediato buscaron al periodista, lo encontraron, lo desarrollaron e hicieron de él un industrioso y bien pagado sirviente. Es muy lamentable, para ambas partes. Detrás de la barricada puede haber mucha nobleza y heroísmo. Pero, ¿qué hay detrás del artículo de fondo sino prejuicio, estupidez, hipocresía y disparate? y cuando estos cuatro se unen constituyen una fuerza terrible y se transforman en la nueva autoridad.

Antiguamente existía la tortura. Ahora tienen la prensa. Ciertamente esto constituye un adelanto. Pero todavía el medio es malo, equivocado y desmoralizador. *Alguien* -¿fue Burke?- *llamó al Periodismo el cuarto estado*. Eso sin duda era cierto en ese momento. Pero en el presente es el único estado. Se ha comido a los otros tres. Los Señores Temporales no dicen nada, los Señores Espirituales no tienen nada que decir; y la Casa de los Comunes no tiene nada que decir y lo dice. Estamos dominados por el Periodismo. En Norteamérica, el Presidente reina por cuatro años, y el Periodismo gobierna por siempre jamás. Por suerte, en Norteamérica el Periodismo ha llevado su autoridad a los extremos más burdos y brutales y como consecuencia natural, ha comenzado a crear un espíritu de rebelión. A la gente le divierte, o le disgusta, de acuerdo a su

temperamento. Pero ya no es más la fuerza que era. No se la considera seriamente. El Periodismo en Inglaterra, exceptuando algunos pocos ejemplos conocidos, como no ha sido llevado a tales extremos de brutalidad, es todavía un gran factor, un poder realmente importante. Considero verdaderamente extraordinaria la tiranía que se propone ejercer sobre las vidas privadas de la gente. El hecho es que el público tiene una curiosidad insaciable por conocer todo, excepto aquello que vale la pena conocer. El Periodismo, consciente de esto y con sus hábitos comerciales, satisface sus demandas. En siglos anteriores al nuestro, el público clavaba a los periodistas por las orejas en la picota. Eso era terrible. En este siglo, los periodistas han clavado sus propias orejas en los agujeros de la cerradura. Eso es aun peor. Y lo que agrava esta desgracia es que los periodistas más culpables no son los periodistas divertidos que escriben para los llamados periódicos de sociedad. El daño lo hacen los periodistas serios, reflexivos, sinceros, quienes solemnemente, como lo están haciendo actualmente, mostrarán ante los ojos del público algún incidente de la vida privada de un gran estadista, de algún líder del pensamiento político, ya que se trata de un creador de fuerza política, e invitan al público a discutir el incidente, a ejercer su autoridad sobre el asunto, dar su punto de vista, y no solamente dar su punto de vista sino también llevarlo a la acción, imponiendo sus ideas sobre otros puntos al hombre, a su partido, al país; en otras palabras, se hacen ridículos, ofensivos y dañinos. Las vidas privadas de los hombres y las mujeres no debieran contarse en público. El público no tiene absolutamente nada que ver con ellos.

En Francia las cosas se arreglan mejor. N o se permite que los detalles de los juicios por divorcio se publiquen para la diversión o la crítica del público. Todo lo que el público puede conocer es que se ha llevado a cabo un divorcio y que fue concedido a pedido de una, u otra, o ambas partes. En Francia, en realidad, se limita al periodista y se permite al artista casi perfecta libertad. Aquí otorgamos absoluta libertad al periodista y limitamos enteramente al artista. La opinión pública inglesa trata de constreñir y obstaculizar al hombre que hace cosas que son hermosas y obliga al periodista a detallar cosas que son feas, desagradables o asqueantes, de modo que tenemos los más serios periodistas del mundo y los periódicos más indecentes. No es exagerado hablar de compulsión. Posiblemente existan periodistas que encuentran placer en publicar cosas horribles, o quienes, siendo pobres, buscan escándalos como fuente permanente de ingresos. Pero existen otros periodistas, estoy seguro, hombres de educación y cultivados, a quienes realmente disgusta publicar estas cosas, que saben que está incorrecto hacerlo, y solamente lo hacen porque las condiciones malsanas en que ejercen su profesión les obligan a dar al público lo que el público demanda, y competir con otros periodistas significa proporcionar este material en la forma más completa y satisfactoria posible, para satisfacer el burdo apetito popular. Es una posición muy degradante para cualquier persona educada, y no me cabe duda que la mayoría de ellos lo siente intensamente.

Dejemos sin embargo lo que es realmente un aspecto muy sórdido del tema y volvamos a la cuestión del control popular del Arte, con lo que quiero decir la Opinión Popular dictando al artista la forma que debe usar, el modo de usarla y los materiales con los que deberá trabajar. He señalado que las artes que mejor han escapado en Inglaterra son aquéllas por las que el público no muestra interés. Se interesan, sin embargo, por el teatro, y como se ha logrado un cierto adelanto en el teatro en los últimos diez o quince años, es importante señalar que este avance se debe enteramente al hecho de que algunos pocos artistas individuales rechazaron aceptar como guía la falta de gusto del público, y se negaron a considerar el Arte como mera cuestión de oferta y demanda. Con su maravillosa y vívida personalidad, con un estilo que tiene en sí un verdadero elemento de color, con su extraordinario poder, no solamente sobre la mímica sino sobre la creación imaginativa e intelectual, si el solo objeto del señor Irving hubiese sido dar al público lo que éste quería, hubiese podido producir las obras más comunes en la forma más común, y obtener tanto éxito y dinero como cualquier hombre hubiese podido desear. Pero su objetivo no era ése. Su objetivo era realizar su propia perfección como artista, bajo ciertas

condiciones y con ciertas formas del Arte. Al principio gustó a unos pocos; ahora ha educado a una mayoría. Ha creado en el público gusto y temperamento. El público aprecia inmensamente su éxito artístico. Me pregunto a menudo si el público comprende que su éxito se debe enteramente a que el no aceptó su criterio, sino a que siguió el suyo propio. De haber seguido el criterio del público, el Lyceum hubiese sido una barraca de segunda categoría, como son algunos de los teatros de Londres actualmente. Lo comprendan o no, es un hecho sin embargo que el gusto y el temperamento fueron creados hasta cierto punto en el público y que el público es capaz de desarrollar estas cualidades. El problema reside entonces en saber por qué el público no se educa y refina más. Si tienen la capacidad de hacerlo, ¿qué los detiene?

Lo que los detiene, debe decirse nuevamente, es su deseo de ejercer autoridad sobre los artistas y sobre las obras de arte. Hay ciertos teatros, como el Lyceum y el Haymarket, a donde el público parece concurrir con la disposición apropiada. En estos dos teatros ha habido artistas individuales que han logrado crear entre sus audiencias -y cada teatro en Londres tiene su propia audiencia- el temperamento necesario para apreciar el arte. ¿Cuál es este temperamento? Es el temperamento de la receptividad. Eso es todo.

Si un hombre se aproxima a una obra de arte con el deseo de ejercer autoridad sobre ella y sobre el artista, se aproxima con una disposición tal que ya no puede recibir ninguna impresión artística de la misma. La obra de arte debe dominar al espectador y no el espectador a la obra de arte. El espectador debe ser receptivo. Debe ser el violín con el que ejecutará el maestro. Cuanto más absolutamente suprima sus necias opiniones, sus tontos prejuicios y sus absurdas ideas sobre lo que debiera o no ser el Arte, mejor comprenderá y apreciará la obra de arte en cuestión. Esto resulta obvio en el caso del público vulgar de hombres y mujeres, de Inglaterra, que concurren al teatro. Pero es igualmente cierto cuando se aplica a la llamada gente educada. Pues las ideas que la gente educada tiene sobre el arte provienen naturalmente de lo que el Arte ha sido, mientras que la obra de arte nueva es hermosa por ser lo que el Arte nunca ha sido; y medirla con las pautas del pasado es medirla con una pauta que debe ser rechazada para poder valorar la real perfección de la obra. Aquel temperamento que es capaz de recibir, a través de la imaginación y bajo circunstancias imaginativas, nuevas y hermosas impresiones, es el único temperamento capaz de apreciar una obra de arte. Y cierta como es esta afirmación en el caso de una escultura y una pintura, más cierta aún es en el caso de un arte como el teatro. Pues un retrato y una escultura no están en lucha con el Tiempo. No toman en cuenta su devenir. Su unidad puede aprehenderse en un momento. En el caso de la literatura es diferente. Debe transcurrir un lapso antes de poder apreciar la unidad del efecto. De esta forma, en la obra de teatro puede ocurrir algo en el primer acto cuyo real valor artístico podrá no hacerse evidente al espectador hasta llegar al tercer o cuarto acto. ¿Debe por ello ese imbécil enojarse, y gritar, y perturbar la obra y molestar a los artistas? No, la persona sensata debe permanecer sentada, con tranquilidad, y saborear las deliciosas emociones de la expectación, la curiosidad, y el suspenso. No debe ir a ver la obra para perder los estribos. Debe ir a ver la obra para satisfacer su temperamento artístico. No es árbitro de la obra de arte, y si la obra de arte es bella, olvidará en su contemplación todo el egotismo que lo perturba, el egotismo de su ignorancia, o el egotismo de su información. Creo que este aspecto del teatro no ha sido suficientemente reconocido. Puedo muy bien creer que si *Macbeth* hubiese sido presentado por primera vez ante el público del Londres actual, mucha de la gente hubiese objetado vigorosamente por la introducción de las brujas en el primer acto, con sus frases grotescas y sus palabras ridículas. Pero cuando la obra termina, uno se da cuenta de que la risa de las brujas en *Macbeth* es tan terrible como la risa de locura de *Lear*, más terrible que la risa de *Yago* en la tragedia del *Moro*. Ningún espectador de arte necesita una forma más perfecta de receptividad que el espectador de una obra de teatro. En el momento en que busca ejercer su autoridad se convierte en enemigo abierto del Arte y de sí mismo. Al Arte esto no le afecta; es él quien sufre.

Con la novela sucede lo mismo. La autoridad popular y la aceptación de la autoridad popular son fatales. El *Esmond* de Thackeray es una hermosa obra de arte porque la escribió para darse placer a sí mismo. En sus otras novelas, en *Pendennis*, en *Philip*, aún en *Vanity Fair*, hay momentos en que está demasiado consciente del público, y arruina su trabajo al apelar directamente a la simpatía del público, o por burlarse directamente de él. El verdadero artista no toma en cuenta al público. Para él, el público no existe. No lleva tortas rellenas de narcóticos o de miel para adormecer o alimentar al monstruo. Deja eso para el novelista popular. Tenemos ahora en Inglaterra un incomparable novelista, el señor George Meredith. Hay mejores novelistas en Francia, pero Francia no tiene a nadie con una visión tan amplia, tan variada y tan imaginativamente cierta. Hay en Rusia narradores con un sentido más vívido de lo que puede ser el dolor en la ficción. Pero Meredith posee la filosofía de la ficción. Sus personajes no solamente viven, sino que viven en el pensamiento. Uno puede verlos desde un sin fin de puntos de vista. Son sugerentes. Hay alma en ellos y alrededor de ellos. Son interpretativos y simbólicos. Y quien las creó, a esas maravillosas figuras de rápidos movimientos, las hizo para su propio placer, y nunca preguntó al público lo que éste quería, nunca permitió al público que le dictara lo que debía hacer o influyera sobre él de ninguna manera, sino que ha continuado intensificando su propia personalidad y produciendo su propio trabajo individual. Al principio, nadie vino a él. Eso no le importó. Luego, una minoría se le acercó. Eso no lo cambió. La mayoría ha venido ahora. El sigue siendo el mismo. Es un novelista incomparable.

Con las artes decorativas no es diferente. El público se aferró con verdadera y patética tenacidad a lo que yo creo fueron las tradiciones directas de la *Gran Exhibición de Vulgaridad Internacional*, tradiciones tan lamentables que las casas que se habitaban eran apropiadas para ciegos. Se comenzaron a hacer cosas bellas, salieron bellos colores de las manos del tintorero, formas hermosas del cerebro del artista, y se implantó la costumbre por el uso de cosas hermosas, su valor e importancia. El público se indignó. Perdió los estribos. Se dijeron cosas necias. A nadie importó. Nadie aceptó la autoridad de la opinión pública. Y ahora resulta casi imposible entrar en una casa moderna sin notar algún rasgo de buen gusto, algún reconocimiento del valor de vivir en un medio encantador, alguna señal de aprecio por la belleza. Por lo general, actualmente las casas son bastante encantadoras. La gente ha sido, en gran medida, educada. Y es justo decir que el extraordinario éxito de la revolución en las decoraciones de las casas y en su amueblamiento no se debe al desarrollo del buen gusto en la mayoría del público sino a que los artesanos hallaron placer en hacer cosas hermosas y surgió en ellos una vívida conciencia de la fealdad y la vulgaridad de lo que el público antes quería, de modo que simplemente se negaron a servirles. Sería imposible amueblar hoy una habitación en la forma que se hacía algunos años atrás, sin tener que recurrir para ello a un remate de muebles de segunda mano, en un hotel de tercera categoría. Esas cosas ya no se hacen más. Aunque lo objeten, la gente tiene actualmente algo lindo a su alrededor. Por fortuna para ellos, sus propios intentos de imponer su autoridad sobre esas cosas fracasaron.

Es evidente que toda autoridad en esas materias es perniciosa. La gente a veces se pregunta qué tipo de gobierno es el más conveniente para un artista. Para esta pregunta existe una sola respuesta. *La forma de gobierno más conveniente para un artista es que no haya gobierno*. La autoridad que se ejerce sobre él y sobre su arte es ridícula. Se dijo que bajo el despotismo los artistas produjeron hermosas obras. Esto no es así. Los artistas visitaron a los déspotas, no como súbditos sobre quienes ejercer su tiranía, sino como ambulantes hacedores de maravillas, como fascinantes personalidades vagabundas, que era preciso recibir, cuidar y dejar en paz, permitiéndoles así crear. A favor del déspota se puede decir esto: que él, siendo un individuo, puede poseer cultura, mientras que la multitud, siendo un monstruo, no tiene ninguna. El Emperador o el Rey pueden agacharse a levantar un pincel para un pintor, pero cuando la democracia se agacha, es simplemente para echar barro. Y sin embargo, hasta ahora la democracia no ha tenido que agacharse como el emperador. En realidad, para echar barro no

precisa agacharse. Pero no hay necesidad de separar al monarca de la multitud; toda autoridad es igualmente mala.

Existen tres clases de déspotas. Está el déspota que tiraniza el cuerpo. Está el déspota que tiraniza el alma. Está el déspota que tiraniza igualmente el cuerpo y el alma. Al primero se le llama *el Príncipe*. Al segundo se le llama *el Papa*. Al tercero se le llama *el Pueblo*. El Príncipe puede ser culto. Muchos Príncipes lo han sido. Sin embargo, el Príncipe entraña peligros. Uno piensa en el Dante en la amarga fiesta de Verona, en Tasso en la celda de Ferrara. Es mejor que el artista no viva con Príncipes. El Papa puede ser culto. Muchos Papas lo han sido; los malos Papas lo han sido. Los malos Papas amaron la Belleza casi tan apasionadamente, no, con tanta pasión como los buenos Papas odiaron el Pensamiento. A la maldad del Papado la Humanidad le debe mucho. La bondad del Papado tiene una terrible deuda con la Humanidad. Sin embargo, aunque el Vaticano ha mantenido la retórica de sus truenos y perdido la vara de sus rayos, es mejor para el artista no vivir con Papas. Fue un Papa el que dijo de Cellini, frente a un cónclave de Cardenales, que las leyes comunes y la autoridad común no se hicieron para hombres como él; pero fue un Papa el que arrojó a Cellini a la prisión y lo tuvo allí hasta que enfermó de rabia, y comenzó a tener visiones irreales, y vio al dorado sol entrar en su cuarto, se enamoró tanto de él que buscó escapar, y arrastrándose entre torre y torre al aire del amanecer le dio vértigo y cayó, lastimándose, y cubierto de hojas fue llevado por un viñador en su carro hacia alguien que amaba las cosas hermosas y lo cuidó y curó. Hay peligro en los Papas. En cuanto al Pueblo, ¿qué se puede decir de él y de su autoridad? Quizás se haya hablado ya bastante de ambos. Su autoridad es ciega, sorda, odiosa, grotesca, trágica, divertida, seria y obscena. Es imposible para el artista vivir con el pueblo. Todos los déspotas sobornan. El Pueblo soborna y brutaliza. ¿Quién les dijo que ejercieran autoridad? Fueron hechos para vivir, para escuchar y para amar. Alguien les ha hecho un gran daño. Se han desfigurado al imitar a sus superiores. Han sacado el cetro al príncipe. ¿Cómo usarlo? Han sacado la triple tiara al Papa. ¿Cómo llevar esa carga? Es como un payaso con un corazón roto. Es como un sacerdote cuya alma todavÍa no ha nacido. Dejad que todos los que aman la belleza lo compadezcan. Aunque no ame la Belleza, dejad que se compadezca de sí mismo. ¿Quién le enseñó los ardides de la tiranía?

Hay muchas otras cosas que se podrían señalar. Se podría señalar cómo el Renacimiento fue grande porque no buscó solucionar el problema social, y no se ocupó de ese tipo de cosas, pero permitió que el individuo se desarrollara libre, hermosa y naturalmente, y así logró grandes artistas individuales, y grandes hombres individuales. Se podría señalar cómo Luis XIV, creando el estado moderno, destruyó el individualismo del artista e hizo a las cosas monstruosas en la monotonía de su repetición y despreciables en su conformidad con la regla, y destruyó en toda Francia aquellas hermosas libertades de expresión que habían dado a la tradición nueva belleza y creado nuevas formas de formas antiguas. Pero el pasado no tiene importancia. El presente no tiene importancia. Es en el futuro en lo que tenemos que pensar. Pues el pasado es lo que el hombre no debió haber sido. El presente es lo que el hombre no debiera ser. El futuro es lo que son los artistas.

Se dirá que el planteamiento, tal como se presenta aquí, no es práctico y va contra la naturaleza humana. Es absolutamente cierto. No es práctico y va contra la naturaleza humana. Es por eso mismo que vale la pena llevarlo adelante, y por eso es que se propone. ¿Pues cuál sería un planteamiento práctico? Un planteamiento práctico es un planteamiento que ya existe, o un planteamiento que podría realizarse en las condiciones existentes. Pero son precisamente las condiciones existentes las que se objetan; y cualquier planteamiento que pudiera aceptar estas condiciones es erróneo y absurdo. Al librarse de estas condiciones, la naturaleza humana cambiará. Lo único que uno realmente sabe acerca de la naturaleza humana es que ésta cambia. El cambio es la única cualidad que podemos afirmar en ella. Los sistemas que fallan son aquellos que se basan en la inmutabilidad de la naturaleza humana en lugar de hacerlo en su crecimiento

y desarrollo. El error de Luis XIV fue pensar que la naturaleza humana sería siempre la misma. El resultado de este error fue la Revolución Francesa. Fue un resultado admirable. Todos los resultados de los errores de los gobiernos son muy admirables.

Debe entenderse que el Individualismo no llega al hombre con ninguna cantinela enfermante acerca del deber, que simplemente significa hacer lo que otra gente quiere; porque necesitan que uno lo haga, o junto a cualquier odioso sermón acerca del sacrificio personal, que constituye nada más que un resto de lo que antes era la mutilación de los salvajes. En realidad, llega al hombre sin ningún reclamo. Surge natural y espontáneamente de él mismo. Es aquello a lo que tiende el desarrollo. Es la diferenciación a la que llegan todos los organismos. Es la perfección propia de cada modo de vida, y hacia la cual se aprestan. Y así el Individualismo no ejerce compulsión sobre el hombre. Por el contrario, dice al hombre que no debe permitir que se ejerza ninguna compulsión sobre él. No trata de forzar a la gente para que sea buena. Sabe que la gente es buena cuando se la deja sola. El Individualismo surgirá sólo del Hombre. El hombre está ahora desarrollando así el Individualismo. Preguntar si el Individualismo es práctico es como preguntar si la Evolución es práctica. La Evolución es la ley de la vida, y no hay evolución sino hacia el Individualismo. Cuando esta tendencia no se expresa, es que se está frente a un caso de desarrollo detenido artificialmente, o de enfermedad, o de muerte.

El Individualismo no será tampoco egoísta ni afectado. Se ha señalado que uno de los resultados de la extraordinaria tiranía de la autoridad es que las palabras sean absolutamente distorsionadas con respecto a su verdadero y simple significado y que se empleen para indicar lo contrario de su verdadera significación. Lo que es cierto con respecto a la Vida. Se llama extravagante a un hombre si se viste como le gusta. Pero al hacerlo está actuando de manera perfectamente natural. La extravagancia en tales casos consiste en vestirse igual que el vecino, cuyas opiniones, como las de la mayoría, serán seguramente bastante estúpidas. O si no, se llama egoísta a un hombre si vive en la forma que él cree más conveniente para la completa realización de su personalidad, cuando en realidad el principal objetivo de su vida es su propio desarrollo. Pero ésta es la forma en que cada uno debiera vivir. El egoísmo no consiste en vivir como uno desea, sino en pedir a los demás que vivan como uno desea vivir. La falta de egoísmo es la no interferencia en la vida de los demás. El egoísmo siempre tiende a crear alrededor suyo una absoluta uniformidad de tipos. La ausencia de egoísmo reconoce a la variedad infinita de tipos como algo encantador, la acepta, la aprueba y la disfruta. No es egoísta pensar por uno mismo. El hombre que no piensa por sí mismo, no piensa. Es burdamente egoísta exigir que el vecino piense de la misma forma y tenga las mismas opiniones que uno. ¿Por qué iba a hacerlo? Si puede pensar por sí mismo, probablemente pensará de forma diferente. Si no puede pensar, es monstruoso pedirle algún tipo de pensamiento. Una rosa roja no es egoísta por querer ser una rosa roja, sería horriblemente egoísta si quisiera que las demás flores del jardín fueran rojas y rosas. Bajo el Individualismo la gente será completamente natural y carecerá en absoluto de egoísmo, y conocerá el sentido de las palabras y lo expresará a lo largo de sus vidas hermosas y libres. Ni tampoco serán ególatras los hombres, como lo son ahora. Pues el ególatra es aquel que tiene exigencias sobre los demás, y el Individualista no deseará eso. No le brindará placer. Cuando el hombre haya comprendido el Individualismo comprenderá también lo que es la simpatía y la ejercerá libre y espontáneamente. Hasta el presente el hombre apenas ha podido cultivar la simpatía. Ha sentido simpatía solamente por el dolor, y la simpatía por el dolor no es la forma más elevada de simpatía. Toda simpatía es bella, pero la simpatía por el sufrimiento es la menos bella. Está matizada de egolatría. Puede llegar a ser morbosa. Existe en ella un cierto elemento de terror por nuestra propia seguridad. Es el miedo de ser nosotros mismos el leproso o el ciego, y que a nadie le importe. Así el concepto resulta curiosamente limitativo. Uno debiera simpatizar con la vida en su totalidad, no solamente con los dolores y las enfermedades sino con las alegrías y la belleza, y la energía y la salud, y la libertad de la vida. La simpatía considerada con amplitud es por supuesto la más difícil. Requiere más generosidad. Cualquiera puede

simpatizar con los sufrimientos de un amigo, pero se requiere una naturaleza muy bella -se requiere en realidad la naturaleza de un verdadero individualista- para simpatizar con el éxito de un amigo.

En la tensión moderna por la competencia y la lucha por hacerse un lugar, naturalmente tal simpatía es poco frecuente y se ve también muy sofocada por el ideal inmoral de uniformidad de tipo y conformidad a la regla que tanto prevalece en todas partes, siendo quizás en Inglaterra donde llega a ser más odioso.

Siempre habrá por supuesto simpatía hacia el dolor. Es uno de los primeros instintos del hombre. Los animales que son individuales, es decir aquellos más evolucionados, la comparten con nosotros. Pero debe recordarse que si bien la simpatía por la alegría intensifica la suma de alegría en el mundo, la simpatía por el dolor no disminuye realmente la cantidad de dolor. Puede capacitar al hombre para soportar el mal, pero el mal persiste. La simpatía por la tuberculosis no cura la tuberculosis, eso lo hace la ciencia. Y cuando el *Socialismo* haya resuelto el problema de la pobreza, y la ciencia haya resuelto el problema de la enfermedad, el campo de los sentimentalistas habrá disminuido y la simpatía del hombre será amplia, sana y espontánea. El hombre encontrará felicidad en la contemplación de la felicidad de los demás.

Pues es a través de la felicidad que se desarrollará el Individualismo del futuro. Cristo no intentó reconstruir la sociedad, y en consecuencia el Individualismo que predicó al hombre podía realizarse únicamente a través del dolor en soledad. Los Ideales que debemos a Cristo son los ideales del hombre que abandona totalmente la sociedad, o del hombre que se resiste absolutamente frente a la sociedad. Pero el hombre es naturalmente social. Aun la Tebaida terminó por poblarse, y aunque el cenobita realice su personalidad, es con frecuencia una personalidad pobre la que logra realizar. Por otro lado, la terrible verdad de que el hombre puede realizarse a través del dolor, ejerce una maravillosa fascinación sobre el mundo. Oradores y pensadores superficiales, desde púlpitos y tribunas, hablan con frecuencia de la veneración que el mundo tributa al placer, y lo fustigan. Pero en la historia del mundo muy pocas veces se encuentra que su ideal haya sido la felicidad y la belleza. Con mucha más frecuencia dominó al mundo la veneración por el dolor. El medioevo, con sus santos y mártires, su amor por la autotortura, su salvaje pasión por lastimarse, herirse con cuchillos, flagelarse con varas, representa el verdadero cristianismo, y el Cristo medieval es el Cristo real. Cuando asomó el Renacimiento en el mundo y trajo consigo los nuevos ideales de la belleza de la vida y el gozo del vivir, los hombres no pudieron entender a Cristo. Hasta el arte muestra esto. Los pintores del Renacimiento dibujaron a Cristo como a un niñito jugando con otro niño en un palacio o en un jardín, o recostado en los brazos de su madre, sonriéndole a ella, o a una flor, o a un pájaro brillante; o como una figura maravillosa, surgiendo en una suerte de éxtasis de la muerte a la vida. Aún cuando lo dibujaran crucificado, lo dibujaron como a un hermoso Dios a quienes los perversos habían sometido a sufrimientos. Pero él no los preocupaba mucho. Lo que les deleitaba era pintar a los hombres y mujeres a quienes ellos admiraban, y mostrar el encanto de esta encantadora tierra. Pintaron muchos cuadros religiosos, en realidad pintaron demasiados, y la monotonía del tipo y el motivo es cansadora y fue perjudicial para el arte. Fue el resultado de la autoridad del público en cuestiones artísticas y debe deplorarse. Pero el alma del artista no estaba en el tema. Rafael fue un gran artista cuando pintó su *retrato del Papa*. Cuando pintó sus *Madonas con los Niños Jesús*, no fue de ninguna manera un gran artista. Cristo no tenía mensaje para el Renacimiento, que fue maravilloso porque trajo un ideal diferente al de Cristo, y para hallar la representación del verdadero Cristo debemos dirigimos al arte medieval. Allí se lo muestra mutilado y lacerado, un hombre desagradable a la vista, pues la Belleza es goce; un hombre sin ropas decentes, pues eso también puede traer goce; es un mendigo que tiene un alma maravillosa; es un leproso con un alma divina; no necesita ni propiedad ni salud; es un Dios realizando su perfección a través del dolor.

La evolución del hombre es lenta. La injusticia de los hombres es grande. Fue necesario hacer del dolor un medio de autorrealización. Aún ahora, en algunos lugares del mundo, el mensaje de Cristo se hace necesario. Nadie que viva en la Rusia moderna podría realizar su perfección sino a través del dolor. Unos pocos artistas rusos se han realizado en el Arte, en una ficción que tiene carácter medioeval, porque su nota dominante es la realización de los hombres a través del sufrimiento. Pero ante aquellos que no son artistas, para quienes no existe otra forma de vida que lo concreto de los hechos, el dolor es la única puerta para llegar a la perfección. Un ruso que viva feliz bajo el actual sistema de gobierno en Rusia debe creer que el hombre no tiene alma, o si la tiene, no vale la pena desarrollarla. El nihilista que rechaza toda autoridad porque sabe que toda autoridad es perniciosa y recibe con alegría el dolor, porque a través de él realiza su personalidad, es un verdadero cristiano. Para él el ideal cristiano es algo auténtico.

Y sin embargo, Cristo no se rebeló contra la autoridad. Aceptó la autoridad imperial del Imperio Romano y le rindió tributo. Soportó la autoridad eclesiástica de la Iglesia judía y no opuso violencia a la violencia. Como dije antes, no tenía ningún plan para la reconstrucción de la sociedad. Pero el mundo moderno sí tiene planes. Se propone terminar con la pobreza y con los sufrimientos que ésta ocasiona. Desea librarse del dolor, y del sufrimiento que el dolor ocasiona. Confía en el *Socialismo* y en la Ciencia como sus métodos. Lo que se propone es llegar a un Individualismo que se exprese a través de la alegría. Este Individualismo será más amplio, más completo, más encantador que cualquier otro Individualismo que se haya dado hasta ahora. El dolor no es la forma suprema de perfección. Es simplemente una protesta provisional. Se relaciona con medios dañinos, insanos, injustos. Cuando el mal, y la enfermedad, y la injusticia hayan desaparecido, no tendrá razón de ser. Fue un gran trabajo, pero está casi terminado. Su esfera disminuye cada día.

Ni tampoco el hombre la ha de extrañar. Pues lo que el hombre ha buscado no es en realidad ni el dolor ni el placer, sino simplemente la Vida. El hombre ha buscado vivir en forma intensa, completa, perfecta. Cuando pueda hacerlo sin limitar a los demás, y sus actividades le brinden placer, tampoco sufrirá, será más cuerdo, más sano, más civilizado, más él mismo. El Placer es la prueba de la naturaleza, su señal de aprobación. Cuando un hombre es feliz, está en armonía con él mismo y con su medio. El nuevo Individualismo, a cuyo servicio el *Socialismo* está trabajando, quiéralo o no, será una perfecta armonía. Será lo que los griegos buscaron, pero no pudieron realizar completamente, sino en la esfera del Pensamiento, porque tenían esclavos y los alimentaban; será lo que el Renacimiento buscó, pero no pudo realizar completamente sino en la esfera del Arte, porque tenían esclavos y los dejaban morir de hambre. Será completo, y a través suyo cada hombre logrará su perfección. El nuevo Individualismo es el nuevo Helenismo.

CARTAS AL DIRECTOR DEL “DAILY CHRONICLE”

ALGUNAS CRUELDADES DE LA VIDA EN LA CÁRCEL

Señor: Con gran pena me entero, a través de las columnas de su periódico, que el guardia Martín, de la Prisión de Reading, ha sido destituido por las autoridades de la Cárcel, por haberle dado unos bizcochos dulces a un niñito hambriento. Yo mismo vi a los niños el lunes antes de recuperar

mi libertad. Acababan de ser convictos y estaban parados en una fila en el hall central con el uniforme de la cárcel, llevando sus mantas bajo el brazo antes de ser enviados a las celdas que se les asignaran. Pasaba yo por una de las galerías, en dirección a la sala de recepción, donde debía entrevistarme con un amigo. Eran niños bastante pequeños: el menor a quien el guardia diera los bizcochos- era un chico diminuto, para quien evidentemente no pudieron encontrar ropa suficientemente pequeña, que se adecuara a su tamaño. Naturalmente, yo había visto muchos niños en la cárcel durante los dos años de mi confinamiento. En la cárcel de Wandsworth, en especial, había muchos. Pero el pequeño que vi en la tarde del lunes 17, en Reading, era más pequeño que cualquiera de ellos. No necesito decir con qué terrible pesar vi a estos niños en Reading, pues conocía el trato que les esperaba. La crueldad que se práctica día y noche sobre los niños en las cárceles inglesas es increíble, excepto para aquellos que han sido testigos de la misma y tienen conciencia de la brutalidad del sistema.

La gente, actualmente, no comprende lo que es la crueldad. La consideran como un tipo de terrible pasión medieval, y la relacionan con hombres como Eccelin da Romano y otros, a quienes la deliberada inflicción de dolor brindaba una real locura de placer. Pero hombres de la estampa de Eccelin son meramente tipos de individualismo perceptivo. La crueldad común es simplemente estupidez. Es la absoluta carencia de imaginación. Es el resultado en nuestros días de sistemas estereotipados de leyes estrictas y rápidas, y de estupidez. Es la absoluta carencia de imaginación. Donde existe centralización, existe estupidez. Lo inhumano de la vida moderna es el oficialismo. La autoridad es tan destructiva para aquellos que la practican como para aquellos sobre quienes se practica. La Dirección de la Cárcel, y el sistema que practica, constituyen la fuente original de la crueldad que se ejerce sobre un niño en la cárcel. La gente que defiende el sistema tiene excelentes intenciones. Los que los llevan a la práctica tienen también intenciones humanitarias. La responsabilidad recae en los reglamentos disciplinarios. Se supone que una cosa que es regla, está bien.

El trato que se da actualmente a los niños es terrible, principalmente porque viene de gente que no comprende la peculiar psicología de la naturaleza del niño. El niño puede comprender el castigo que le inflige un individuo, sea su padre, o tutor, y soportarlo con relativa resignación. Lo que no puede comprender es el castigo que le impone la sociedad. No puede darse cuenta qué es la sociedad. Con los adultos, por supuesto, sucede lo contrario. Aquellos de nosotros que estuvimos en la cárcel, podemos entender, y efectivamente comprendemos, lo que significa esa fuerza colectiva llamada sociedad, y cualquiera sea nuestra opinión sobre sus métodos o reclamos, podemos esforzarnos en aceptarlos. El castigo que nos inflige un individuo, en cambio, es algo que un adulto no soporta, o se espera que no soporte.

El niño, al ser separado de sus padres por gente a quienes nunca ha visto, de quien no sabe nada, y hallándose en una celda solitaria y desconocida, vigilado por caras que no le son familiares y recibiendo órdenes y castigos de los representantes de un sistema que no puede comprender, se convierte en inmediata presa de la primera y más predominante de las emociones que se producen actualmente por la vida en la cárcel: la emoción del terror. El terror de un niño en la cárcel es realmente ilimitado. Recuerdo una vez en Reading, mientras salía yo a hacer ejercicios, haber visto en la celda apenas alumbrada enfrente de la mía, a un niño. Dos guardianes, que no eran hombres malos, le hablaban con aparente seriedad, o quizás le daban algún consejo útil sobre su conducta. Uno estaba en la celda con él, y el otro estaba parado afuera. La cara del niño estaba lívida por el terror. Sus ojos mostraban el terror del animal cazado. A la mañana siguiente le oí, a la hora del desayuno, llorando y pidiendo que se le deje ir. Clamaba por sus padres. De vez en cuando podía oír la voz profunda del guardia de turno diciéndole que se quede quieto. Todavía no había sido convicto del pequeño delito que quizás hubiese cometido. Estaba simplemente bajo custodia (para ser enviado a otro tribunal). Lo sabía porque usaba su propia ropa, que parecía bastante prolija. Usaba, sin embargo, las medias y los zapatos de la

prisión. Esto mostraba que era un niño muy pobre, cuyos propios zapatos, si los tenía, estaban en mal estado. Los jueces y magistrados, por lo general una clase enteramente ignorante, a menudo detienen a los niños por una semana, y luego quizás condonan la sentencia que podían dictar. Llaman a eso "no mandar a un niño a la cárcel". Naturalmente, es una consideración estúpida de su parte. Para un niño estar en la cárcel ya sea bajo custodia o después de convicto, es una sutileza del sistema social que no puede comprender. Para él lo horrible es estar allí, y a los ojos de la humanidad esto también debiera ser horrible.

Ese terror que se apodera del niño y lo domina, como se apodera también del adulto, se intensifica más allá de lo imaginable, como resultado del solitario sistema de nuestras prisiones. Cada niño permanece aislado en su celda durante veintitrés de las veinticuatro horas del día. Esto es lo tremendo. Encerrar a un niño en una celda apenas iluminada durante veintitrés de las veinticuatro horas es una muestra de la crueldad de la estupidez. Si un individuo, padre o tutor, hiciera esto a un niño sería severamente castigado. La Sociedad para la Prevención de la Crueldad hacia los Niños tomaría en sus manos la cuestión de inmediato. Todos detestarían a la persona culpable de tal crueldad. Sobrevendría, sin duda, una severa sentencia luego de declarársele culpable. Pero nuestra sociedad hace ella misma algo peor que esto, y para el niño que es tratado de esta forma por una fuerza abstracta, de cuyos reclamos no tiene conciencia, el castigo resultó mucho peor que si lo recibiera de un padre, una madre, o alguien a quien él conoce. El trato inhumano hacia un niño es siempre inhumano, cualquiera sea la persona que lo imponga. Pero el trato inhumano de la sociedad hacia el niño resulta más terrible, porque no hay apelación. Un padre o un tutor puede sentir lástima y dejar salir al niño del cuarto oscuro y solitario al que se le hubiera confinado. Pero un guardia no lo puede hacer. La mayoría de los guardias siente afecto por los niños. Pero el sistema les prohíbe prestar ayuda al niño. Si lo hacen, como en el caso de guardia Martín, son destituidos.

El segundo de los sufrimientos del niño en la cárcel es el hambre. La comida que se le da consiste en un pedazo de pan de la cárcel, generalmente mal cocido, y una jarra de agua para el desayuno, a las siete y media. A las doce recibe el almuerzo consistente en una repelente polenta; y a las cinco y media otra jarra de agua con un pedazo de pan seco. Esta dieta, cuando se trata de una persona adulta, produce siempre algún tipo de enfermedad, por supuesto principalmente la diarrea, con su consecuente debilitamiento. En una cárcel grande las medicinas astringentes se sirven regularmente, como cosa de rutina. El niño, por lo general es incapaz de comer esa comida. Cualquiera que entienda algo sobre niños conoce con qué facilidad se altera su digestión con un acceso de llanto o por cualquier tristeza. Un niño que ha estado llorando todo el día, y quizás la mitad de la noche, en una celda apenas iluminada, y que se encuentra presa del terror, simplemente no puede ingerir comida tan burda y horrible. En el caso del niño a quien el guardia Martín diera los bizcochos, había estado llorando de hambre el martes por la mañana y de ninguna manera podía comer el pan y el agua que se le trajo para el desayuno. Después que se sirvieron los desayunos Martín salió y compró algunos bizcochos para el niño, antes que verlo morir de hambre. Fue una hermosa acción de su parte, y así lo entendió el niño que, absolutamente inconsciente del reglamento de la cárcel, le dijo a uno de los guardias principales lo bondadoso que había sido el guardia asistente con él. El resultado fue, por supuesto, un informe y la cesantía.

Conozco muy bien a Martín, y estuve bajo su vigilancia las últimas siete semanas que pasé en la cárcel. Al designársele en Reading, tuvo a su cargo la Galería C, en la que yo estaba recluido, de Manero que lo veía constantemente. Me llamó la atención la singular bondad y humanidad en la forma que me habló a mí y a los otros reclusos. Las palabras bondadosas representan mucho en la cárcel, y un amable "Buen día" o "Buenas tardes" lo pueden hacer a uno tan feliz como es posible estarlo en una cárcel. Era siempre amable y considerado. Pude enterarme de otro caso en el que demostró gran bondad hacia uno de los reclusos, y no dudo un instante en mencionarlo.

Una de las cosas más tremendas en la cárcel es lo deplorable de las disposiciones sanitarias. No se le permite a ningún recluso, bajo ninguna circunstancia, abandonar su celda después de la cinco y media de la tarde. Por lo tanto, si está sufriendo de diarrea, debe usar su celda como letrina y pasar la noche en la más fétida y malsana atmósfera. Algunos días antes de salir en libertad, Martín hacía su recorrida a las siete y media, junto con uno de los guardias jefes, con el objeto de recoger la estopa y las herramientas de los reclusos. Un hombre, que había sido recientemente convicto y estaba sufriendo de una violenta diarrea a consecuencia de la comida, como siempre sucede, le pidió al guardia jefe que le permitiera vaciar su cubo a causa de terrible olor que había en la celda y la posibilidad de que tuviera una nueva descompostura durante la noche. El guardia jefe se rehusó terminantemente; eso iba contra los reglamentos. El hombre debía pasar la noche en esas tremendas condiciones. Martín, sin embargo, antes de ver a ese desgraciado en tan deplorable situación, dijo que él mismo vaciaría el cubo, y así lo hizo. Que un guardia vacíe el cubo de un recluso es algo que, naturalmente, está contra las reglas, pero Martín hizo este acto de bondad hacia el hombre simplemente por ser humanitario, y naturalmente el hombre le quedó muy agradecido.

En cuanto a los niños, mucho se ha hablado y escrito últimamente sobre la influencia contaminante que la cárcel tiene sobre los niños. Lo que se dice es bien cierto. Un niño se contamina con la vida en prisión. Pero la influencia contaminante no es la de los otros reclusos. Es la de todo el sistema carcelario: el alcalde de la prisión, el capellán, los guardias, la celda solitaria, el aislamiento, la comida repugnante, los reglamentos de los Jefes de la prisión, la forma de disciplina de la cárcel. Se toman todas las precauciones para aislar al niño hasta de la vista de los reclusos de más de dieciséis años. Los niños se sientan detrás de una cortina en la capilla, y se les manda a hacer ejercicios en patios pequeños, sin sol -algunas veces a un patio de piedra, otras a uno que queda detrás de los molinos-, todo antes de dejarles ver a los reclusos mayores haciendo ejercicios. Sin embargo, la única influencia realmente humanizante dentro de la cárcel es la de los reclusos. Su alegría ante tan terribles circunstancias, la comprensión que existe entre ellos, su humildad, su amabilidad, sus sonrisas agradables al encontrarse, su completa resignación ente los castigos, son todos maravillosos, y yo mismo he aprendido sólidas lecciones de ellos. No estoy proponiendo que los niños no se sienten detrás de la cortina en la capilla, o que hagan sus ejercicios a un costado del patio común. Estoy simplemente señalando que la mala influencia sobre los niños no es, y nunca podría serlo, la de los reclusos, sino que es, y siempre lo será, la del mismo sistema carcelario. No hay en Reading un solo hombre que no se hubiese hecho cargo del castigo de los tres niños. La última vez que los vi fue el martes siguiente al declarárseles culpables. Estaba haciendo ejercicios con unos doce hombres más cuando los niños pasaron cerca nuestro, vigilados por un guardia; venían del húmedo y triste patio en que habían estado haciendo ejercicios. En los ojos de mis compañeros pude ver la mayor piedad y simpatía al mirarlos pasar. Como clase, los reclusos son extremadamente bondadosos y comprensivos entre ellos. El sufrimiento y la comunidad del sufrimiento hacen a la gente buena, y día a día, al cruzar el patio, sentía con placer y bienestar lo que Carlyle llama en algún lado, “el silencioso y rítmico encanto del compañerismo humano”. En esto, como en todas las demás cosas, los filántropos y gente de ese tipo están equivocados. No son los reclusos los que necesitan reforma. Son las cárceles.

Por supuesto, no debiera enviarse a la cárcel a ningún niño menor de catorce años. Es un absurdo, y como muchos absurdos, de absolutamente trágicos resultados. Si es inevitable que se les mande a la cárcel, en ese caso durante el día debieran estar en un taller o aula con un guardia. Por la noche tendrían que dormir en un dormitorio, con un guardia nocturno para cuidarlos. Debiera permitírseles hacer ejercicios por lo menos durante tres horas al día. Las celdas oscuras, mal ventiladas, malolientes, de la prisión, son terribles para un niño, en realidad, terribles para cualquiera. Uno siempre está respirando mal aire en la prisión. La comida de los niños debería consistir en té, pan y manteca y sopa. La sopa de la prisión es muy buena y

saludable. En media hora las Cámaras de los Comunes podría definir el trato a los niños. Espero que usted utilizará su influencia para que esto se haga. La forma en que actualmente se trata a los niños es un ultraje a la humanidad y al sentido común. Es resultado de la estupidez.

Permítaseme llamar ahora la atención sobre otra cosa terrible que sucede en las prisiones inglesas, en realidad en todas las prisiones del mundo donde se practica el sistema del silencio y confinamiento celular. Me refiero al elevado número de hombres que enloquecen o debilitan sus facultades mentales en la prisión. En las cárceles de convictos esto es muy común; pero en las prisiones ordinarias, como en la que yo estuve, también sucede.

Hace unos tres meses noté, entre los reclusos que hacían ejercicios conmigo, a un hombre joven que me pareció tonto o un poco atrasado. Cada prisión tiene sus clientes atrasados mentalmente, que vuelven una y otra vez, y puede decirse que viven en la cárcel. Pero este joven me llamó la atención como más atrasado que lo común, tanto por la mueca en su rostro y la forma idiota en que reía solo, o la particular agitación de la eterna contracción nerviosa de sus manos. Fue notado por todos los otros reclusos, por lo extraño de su conducta. De tiempo en tiempo no aparecía para hacer ejercicios, lo que me probaba que había sido castigado confinándosele en su celda. Por fin descubrí que estaba bajo observación y era vigilado día y noche por guardias. Cuando aparecía para hacer ejercicios, siempre parecía histérico y caminaba alrededor gritando o riendo. En la capilla era vigilado por dos guardias, que lo observaban atentamente todo el tiempo. Algunas veces hundía la cabeza entre sus manos, una ofensa contra los reglamentos de la capilla, y su cabeza era inmediatamente levantada por el guardia, de manera que sus ojos estuvieran permanentemente fijos en la mesa de la Comunión. Algunas veces lloraba -sin causar disturbio alguno- pero con lágrimas que caían profusamente por su rostro, y con sollozos histéricos en la garganta. Algunas veces hacía muecas idiotas para sí mismo, y ponía caras. En más de una ocasión se le sacó de la capilla y se le llevó a su celda, y por supuesto, era continuamente castigado. Como el banco en que acostumbraba sentarme en la capilla estaba directamente detrás del banco en cuyo extremo ponían a este infortunado hombre, tuve completa oportunidad de observarlo. Lo veía también continuamente durante el ejercicio, y vi que estaba volviéndose loco y se le trataba como si estuviera fingiendo.

El sábado pasado estaba en mi celda alrededor de la una de la tarde, ocupado en la limpieza y lustrado de las vasijas que había usado en el almuerzo. De pronto, rompiendo el silencio de la prisión, me sobresaltaron los más horribles y repugnantes gritos o más bien aullidos, pues al principio pensé que se estaba matando sin habilidad a algún animal, fuera de la prisión. Pronto me di cuenta, sin embargo, que los gritos provenían del sótano de la cárcel y supe que se estaba azotando a algún desgraciado. No necesito decir lo espantoso que me resultó, y empecé a pensar a quién se podría estar castigando de esta forma tan repugnante. De repente se me ocurrió que podrían estar azotando a ese infortunado loco. Mis sentimientos al respecto no necesitan detallarse; no tienen nada que ver con la cuestión.

Al día siguiente, domingo 16, vi al pobre hombre en los ejercicios, su cara débil, fea e infeliz, hinchada por las lágrimas y la histeria al punto que se hacía difícil reconocerlo. Caminaba en el círculo central, junto con los viejos, los mendigos y los tullidos, de manera que pude observarlo todo el tiempo. Era mi último domingo en la cárcel, un día perfectamente encantador, el mejor que tuvimos en el año, y allí, bajo la hermosa luz del sol, caminaba esta pobre criatura -alguna vez hecha a la imagen de Dios- haciendo muecas como un mono y, con sus manos, los más fantásticos gestos, como si estuviera jugando en el aire con un invisible instrumento de cuerdas, o arreglando y manejando fichas en algún extraño juego. Esas lágrimas histéricas, sin las cuales jamás le habíamos visto, hacían todo el tiempo sucios surcos en su blanca cara hinchada. La terrible gracia de sus gestos le hacían parecer un grotesco payaso. Era un fantoche vivo. Los demás reclusos le observaban, y nadie sonreía. Todos sabían lo que le había sucedido, y que se

le estaba haciendo perder la razón: que ya la había perdido. Después de medio hora el guardia le ordenó que entrara, y supongo que fue castigado. Por lo menos, no lo vi en los ejercicios del lunes, aunque me pareció verlo en un rincón de un patio, caminando vigilado por un guardia.

El martes -mi último día en la cárcel- lo vi haciendo ejercicios. Estaba peor que antes, y nuevamente fue enviado dentro. Desde entonces no supe más de él, pero me enteré por uno de los reclusos que marchaban conmigo durante los ejercicios, que se le habían dado veinticuatro latigazos en la cocina el sábado por la tarde por orden de los jueces visitantes, al ver el informe del médico. Los alaridos que nos habían aterrorizado a todos eran los de él.

Es indudable que este hombre está volviéndose loco. Los médicos de la prisión no tienen ningún conocimiento sobre las enfermedades mentales. Como clase, son hombres ignorantes. Desconocen la patología de la mente. Cuando un hombre pierde la razón lo tratan como un farsante, le hacen castigar una y otra vez. Naturalmente, el hombre empeora. Cuando se agotan los castigos ordinarios, el médico informa sobre el caso a los magistrados. El resultado son los azotes. Por supuesto los azotes no son con látigos de nueve colas; pero el resultado sobre el infortunado enfermo puede imaginarse.

Su número es, o era, A.2.II. También conseguí su nombre: Prince. Algo debiera hacerse de inmediato por él. Es un soldado y su sentencia es de tribunal militar. El término es de seis meses y tres han pasado ya.

¿Puedo pedirle que utilice su influencia para que se examine este caso, y se trate adecuadamente a este enfermo mental?

El informe de los Comisionados Médicos no representa ninguna garantía. Los inspectores médicos no parecen comprender la diferencia entre la idiotez y la demencia: entre la completa ausencia de una función o de un órgano, y la enfermedad de una función o de un órgano. Este hombre A.2.II podrá, no lo dudo, decir su nombre, la naturaleza de su ofensa, el día del mes, la fecha en que termina su sentencia; pero que su mente está enferma, es algo que no admite duda. Actualmente se trata de un horrible duelo entre él y el médico. El médico está luchando por una teoría. El hombre está luchando por su vida. Estoy ansioso porque gane el hombre.
Pero dejemos que el caso sea examinado por expertos que conocen las enfermedades de la mente, y por gente con sentimientos humanitarios que todavía tienen algún sentido común y piedad. No hay motivo para pedir que interfiera el sentimentalismo. Siempre hace daño.

El caso es un ejemplo especial de la crueldad inseparable de un sistema estúpido, ya que el actual Director de Reading es un hombre de carácter amable y humano, muy apreciado y respetado por todos los reclusos. Fue designado el pasado mes de julio, y aunque no puede alterar las reglas del sistema de la cárcel, ha modificado el espíritu con que las hacía cumplir su predecesor. Es muy popular entre los reclusos y los guardias. En realidad ha modificado bastante el tono total de la vida en la prisión. Por el otro lado el sistema queda, naturalmente, fuera de su alcance, en lo que se refiere a la modificación de los reglamentos. No dudo que considera injusto, estúpido y cruel mucho de lo que ve diariamente. Pero sus manos están atadas. No conozco cuál es su opinión sobre el caso A.2.II ni tampoco sobre el sistema actual. Lo juzgo nada más que por el cambio completo que ha traído a la Cárcel de Reading. Bajo su predecesor el sistema era aplicado con el mayor rigor y estupidez. Saludo a usted con mayor respeto.

Oscar Wilde, 27 de mayo de 1897.

REFORMA DE LAS CÁRCELES

Señor: Entiendo que esta semana se leerá, por primera o segunda vez, el Proyecto de Reforma de Cárceles, presentado por el Secretario de Estado, y como su diario ha sido el único en Inglaterra que tomó con real y vital interés esta importante cuestión, espero que me permita dada mi larga experiencia personal en una prisión inglesa- señalar qué reformas de nuestro estúpido y bárbaro sistema actual, son urgentemente necesarios.

Leyendo un importante artículo aparecido en sus columnas hace alrededor de una semana, me entero que la principal reforma propuesta es un aumento en el número de inspectores y visitantes oficiales que tengan acceso a las prisiones inglesas.

Una reforma de este tipo es absolutamente inútil. La razón es muy simple. Los inspectores y jueces de paz que visitan la prisión llegan a la misma con el propósito de cerciorarse si los reglamentos carcelarios son debidamente cumplidos. No tienen ningún otro propósito, ni tienen tampoco el poder, en caso de desearlo, para alterar ninguna de las cláusulas de los reglamentos. Ningún recluso ha recibido jamás el menor alivio, atención o cuidado de un visitante oficial. Su objetivo es asegurar la vigencia de un código tonto e inhumano. Y, como deben tener alguna ocupación, guardan buen cuidado en cumplir la tarea que se les asigna. El recluso que goza del más pequeño privilegio, teme la llegada de los inspectores. Y el día que se realiza cualquier inspección, los funcionarios de la prisión son mucho más brutales con los reclusos que de costumbre. Su propósito, naturalmente, es mostrar la espléndida disciplina que mantienen.

Las reformas necesarias son muy simples. Se refieren a las necesidades del cuerpo y las necesidades de la mente de cada infortunado recluso.

Con respecto a lo primero, existen tres castigos permanentes que están autorizados por la ley en las prisiones inglesas:

1. Hambre

2. Insomnio

3. Enfermedad

La comida que se les da a los reclusos es totalmente inadecuada. La mayor parte tiene características repugnantes. Es insuficiente. Cada recluso sufre día y noche de hambre. La comida es cuidadosamente pesada, onza por onza, para cada recluso. Es justo lo necesario para sostener, no exactamente la vida sino la existencia. Pero uno se encuentra siempre atormentado por el dolor y la debilidad que provoca el hambre.

El resultado de la comida, que en la mayoría de los casos consiste en una cocción de avena floja, grasa y agua, es la enfermedad en forma de una incesante diarrea. Esta enfermedad, que a la larga se convierte en la mayoría de los prisioneros en algo crónico, es una institución reconocida en cada prisión. En la prisión de Wandsworth, por ejemplo, -donde estuve confinado por dos meses, hasta que debí ser internado en el hospital, donde permanecí otros dos meses- los guardianes pasan dos o tres veces por día con medicamentos astringentes, que sirven a los reclusos como rutina. Después de una semana, de más está decirlo, esta medicina no produce ningún efecto. El infeliz recluso queda entonces librado a la enfermedad más debilitante,

deprimente y humillante que pueda concebirse: y si, como a menudo sucede, por debilidad física no completa las revoluciones necesarias en el molinillo, es amonestado por dejadez y castigado con la mayor severidad y brutalidad. Ni tampoco es todo.

Nada puede ser peor que las instalaciones sanitarias de las prisiones inglesas. Antiguamente, cada celda tenía una letrina. Estas letrinas han sido ahora suprimidas. No existen más. Se le da en cambio a cada recluso una pequeña vasija de lata, que puede vaciar tres veces al día. Pero no le permite llegar hasta los retretes de la prisión sino durante la hora en que realiza ejercicio. Y por la tarde, después de las cinco, bajo ninguna razón puede abandonar su celda. El hombre que está sufriendo diarrea queda en una situación tan desvalida que no es necesario ni decoroso entrar a discurrir sobre la misma. La miseria y torturas que los prisioneros atraviesan a consecuencia de las repugnantes condiciones sanitarias son verdaderamente indescriptibles. Y el aire fétido de las celdas, acrecentando por un sistema de ventilación absolutamente ineficaz, es tan nauseabundo y está tan enrarecido que no es raro que los guardianes, al entrar desde el aire de afuera a inspeccionar las celdas, se descompongan violentamente. Esto lo he visto yo más de tres veces, y alguno de los guardianes me lo mencionó como una de las cosas más desagradables a que les obligan sus funciones.

La comida proporcionada a los reclusos debiera ser adecuada y sana. No debiera producir esa incesante diarrea que, dolencia al principio, se convierte luego en una enfermedad permanente.

Los sistemas sanitarios de las cárceles inglesas debieran ser totalmente modificados. Cada prisionero debiera poder tener acceso a los retretes cuando le es necesario, y vaciar sus residuos cuando le es necesario. El actual sistema de ventilación en cada celda es absolutamente inútil. El aire penetra a través de una rejilla tupida y a través de un pequeño ventilador en la minúscula ventana enrejada que es demasiado pequeña y deficiente como para dejar entrar la cantidad necesaria de aire. Se le permite a uno salir de su celda una hora solamente de las veinticuatro que componen el largo día, de manera que durante las veintitrés restantes se está respirando el aire más nauseabundo que se pueda imaginar.

Con respecto al castigo del insomnio, existe únicamente en las prisiones chinas e inglesas. En China se inflige poniendo al prisionero en una pequeña jaula de bambú; en Inglaterra por medio de la cama de tablas. El objeto de la cama de tablas es producir insomnio. No tiene ningún otro objetivo, e invariablemente lo consigue. Y aun cuando a uno se le de a veces un colchón duro, como sucede en el curso de la condena, aún se sigue sufriendo de insomnio. Ya que el dormir, como todas las cosas saludables, es un hábito. Todo recluso que ha dormido en una cama de tablas, sufre de insomnio. Es un castigo deleznable.

Con respecto a las necesidades de la mente, permítaseme decir algo.

El actual sistema carcelario casi pareciera tener como objetivo el debilitamiento y la destrucción de las facultades mentales. Producir locura es, si no su objetivo, ciertamente su resultado. Esto es ya un hecho bien comprobado. Sus causas obvias. Desprovisto de libros, de todo intercambio humano, aislado de toda influencia humana y humanizante, condenado a eterno silencio, privado de toda relación con el mundo exterior, tratado como un animal no inteligente, brutalizado por debajo del nivel de cualquiera de las creaciones humanas, el desgraciado que está confinado en una prisión inglesa difícilmente pueda escapar a la locura. No quiero entrar en estos horrores; menos aún concitar algún momentáneo interés sentimental en estos asuntos. De manera que meramente voy, con su permiso, a señalar qué es lo que debiera hacerse.

Cada recluso debiera contar con una cantidad adecuada de buenos libros. Actualmente, durante los tres primeros meses de reclusión no se permite tener ningún libro, exceptuando una Biblia, un libro de oraciones y un libro de himnos. Después de esto, se permite un libro por semana. Esto no sólo es inadecuado, sino que los libros que forman bibliotecas de una prisión común son perfectamente inútiles. Consisten principalmente en los así llamados libros de religión, de tercera calidad, mal escritos, aparentemente redactados para niños y absolutamente inadecuados para niños o para cualquiera. Se debiera alentar a los reclusos para que lean, dándoseles todos los libros que deseen, y los libros debieran ser bien elegidos. Actualmente, la selección de libros la hace el capellán de la prisión. Bajo el sistema actual se le permite al recluso ver sus amigos cuatro veces al año por veinte minutos cada vez. Esto será completamente equivocado. El recluso debiera ver a sus amigos una vez al mes, y durante un tiempo razonable. La forma actual en boga de exhibir al recluso frente a sus amigos debiera modificarse. Bajo el sistema actual, es recluso es encerrado dentro de una gran jaula de hierro, o en una gran caja de madera con una pequeña apertura cubierta con enrejado de alambre, a través del cual puede mirar. A sus amigos se les ubica en una jaula similar, a unos tres o cuatro pies de distancia, y dos guardianes se ubican en el medio para escuchar y, si lo desean, detienen o interrumpen la conversación, según sea el caso. Propongo que al recluso se le permita ver a sus amigos o familiares en una habitación. Los reglamentos son inexpresablemente repugnantes y desesperantes. Una visita de familiares o amigos representa para cada recluso un mayor dolor y humillación mental. Muchos reclusos, antes que soportar tal situación, prefieren no ver del todo a sus amigos. Y no puedo decir que esto me sorprende. Cuando se ve al abogado, se le ve en una habitación con puerta de vidrio, detrás de la cual se ubica el guardián. Cuando un hombre ve a su esposa, a sus hijos, a sus padres o a sus amigos, debiera gozar del mismo privilegio. Exhibirlo como a un mono, en una jaula, a la gente que lo quiere y a quiénes él quiere, es una degradación horrible e innecesaria.

Se debiera permitir a los reclusos escribir y recibir por lo menos una carta al mes. Actualmente, se puede escribir únicamente cuatro veces al año. Esto es sumamente inadecuado. Una de las tragedias de la vida en la prisión es que vuelve de piedra el corazón del hombre. Los sentimientos de afecto natural, al igual que cualquier otro sentimiento, deben alimentarse. Mueren fácilmente de inanición. Una breve carta, cuatro veces al año, no es suficiente para mantener vivos los afectos más humanos y tiernos con los cuales, en última instancia, se mantiene sensible la naturaleza a las influencias bellas, para poder hacer cicatrizar una vida deshecha.

La costumbre de mutilar y expurgar las cartas de los reclusos debiera terminar. En el presente, si el recluso en una carta se queja contra el sistema de la prisión, esa parte de la carta se recorta con un par de tijeras. Si cuando habla con sus amigos, a través de los barrotes de su jaula, o la apertura en la caja de madera, expresa alguna queja, es tratado brutalmente por los guardianes y se le impone castigo todas las semanas hasta que llega la próxima visita, tiempo durante el cual se espera haya aprendido, no en sabiduría sino en malicia, y eso siempre se aprende. Es una de las pocas cosas que realmente se aprenden en la prisión. Afortunadamente las otras cosas son, en algunos casos, de mayor importancia.

Si se me permite continuar un poco más, ¿podría decir esto? Usted sugería en su artículo de fondo que al capellán de la prisión no debiera permitírsele ningún tipo de empleo fuera de la prisión misma. Pero eso no tiene realmente importancia. Los capellanes de la prisión son totalmente inútiles. Como clase, son bien intencionados, pero son hombres tontos, realmente necios. No brindan ninguna ayuda a los reclusos. Una vez cada seis semanas, aproximadamente, una llave gira en la cerradura de la celda, y entra el capellán. Uno, naturalmente, se para prestando atención. Pregunta si se ha estado leyendo la Biblia. Uno contesta “Sí” o “No”, según sea el caso. Recita entonces algunos textos, se marcha y la puerta se cierra. Algunas veces deja un opúsculo.

Los funcionarios que no debieran tener otro empleo fuera del de la prisión, ni realizar ninguna práctica privada, son los médicos de la cárcel. En la actualidad los médicos de la prisión tienen por lo general, si no siempre, una intensa práctica privada, y también compromisos en otras instituciones. El resultado es que la salud de los reclusos está completamente descuidada, y la condición sanitaria de la cárcel queda absolutamente abandonada. Como clase considero, y siempre lo he hecho desde mi juventud, que la profesión médica es la más humana de la sociedad. Pero con los médicos de la prisión debo hacer una excepción. Por lo que pude apreciar yo, y por lo que pude ver en el hospital y en todas partes, con de maneras brutales, de temperamentos groseros y absolutamente indiferentes por la salud o el bienestar de los reclusos. Si se les prohibiera a los médicos de la prisión ejercer privadamente, se verían obligados a tomar algún interés por la salud y las condiciones sanitarias de la gente bajo su cargo. He tratado de señalar en mi carta algunas de las reformas necesarias dentro de nuestro sistema carcelario inglés. Son simples, prácticas y humanas. Son, naturalmente, sólo un comienzo. Pero ya es tiempo de hacer ese comienzo que solamente se hará mediante una fuerte presión de la opinión pública formulada a través de su poderoso periódico, y respaldada por el mismo.

Pero mucho debe hacerse aún para hacer esas reformas efectivas. La primera tarea, y quizás la más delicada, es la de humanizar a los directores de las cárceles, civilizar a los guardias y cristianizar a los capellanes. Le saluda, etcétera.

El autor de la “Balada de la Cárcel de Reading”, 23 de marzo de 1898.